

La teoría **social,** **hoy**

Anthony Giddens,
Jonathan Turner
y otros

versión española: Jesús Alborés



Alianza
EDITORIAL

MÉXICO, D. F.

BIBLIOTECA DEL
INSTITUTO TECNOLÓGICO AUTÓNOMO DE MÉXICO
Apartado Postal 99-078
Unidad Independencia
Villa Alvaro Obregón
MÉXICO, D. F.

04510

30 ABR. 1991

889 481

300
S.678XA

LA TEORÍA SOCIAL, HOY

Título original en inglés: *Social Theory Today*

Primera edición: 1987

Primera edición en idioma español: 1990,
Alianza editorial, S.A., Madrid

© 1987, Polity Press

© Ed. cast: 1990, Alianza Editorial, S.A., Madrid

D.R. © 1991, Editorial Patria, S.A. de C.V.
bajo el sello de Alianza Editorial
San Lorenzo 160, Iztapalapa
México, D.F., CP 09860

Primera edición en la colección Los Noventa

Coedición: Dirección General de Publicaciones del
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/
Editorial Patria, S.A. de C.V.

La presentación y disposición en conjunto
y de cada página de LA TEORÍA SOCIAL, HOY,
son propiedad del editor. Queda estrictamente
prohibida la reproducción parcial o total
de esta obra por cualquier sistema o método
electrónico, incluso el fotocopiado,
sin autorización escrita del editor.

ISBN 968-39-0450-5

IMPRESO EN MÉXICO

INTERACCIONISMO SIMBOLICO ¹

Hans Joas

Cuando la sociología americana inició su marcha triunfal por el mundo una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, no hacía mucho tiempo que ella misma había pasado su propio punto de inflexión histórico. La «combinación de Lazarsfeld y Merton», como se denominó al método sociológico después de ese punto de inflexión (Shils: 1970), combinaba una sofisticada investigación social empírica de orientación cuantitativa con una teoría estructural-funcionalista desvinculada de su contexto y orígenes histórico-filosóficos y reducida a una aplicación de «alcance medio». Esta combinación se presentaba como el epítome de todo cuanto tenía de valioso la herencia de los sociólogos europeos clásicos, y como el modo de integrar esta herencia en el acervo teórico y en un método de adquisición de conocimiento acumulativo y profesionalmente respaldado. Es indudable que para mantener la identidad de la disciplina fue necesario pagar el elevado precio de suprimir aquellas tradiciones que difícilmente podían integrarse en la nueva imagen de la sociología. En este sentido, es sorprendente que a pesar de que Parsons luchara con la interpretación de Durkheim, Weber y Pareto durante cientos de páginas en su primera gran obra, *The Structure of Social Action* (1968a), en aquella discusión no solo presentó una descripción completamen-

¹ Quisiera agradecerle a Anselm Strauss sus valiosos comentarios sobre este artículo.

te inadecuada del idealismo alemán y del marxismo, sino que consideraba incluso que las tradiciones americanas de teoría social apenas eran dignas de mención. Literalmente, no dedicó una sola palabra a los logros de la filosofía social pragmática de John Dewey y George Herbert Mead, ni tampoco a los hallazgos metodológicos pioneros de la escuela sociológica de Chicago y las implicaciones teóricas de sus investigaciones empíricas a gran escala. Las ideas e investigación americanas, que no se juzgaban dignas de interés en su país de origen, difícilmente podían esperar encontrar mejor tratamiento fuera de los Estados Unidos, dado el generalizado escepticismo eurocéntrico o de izquierdas respecto al pensamiento americano.

Esto no quiere decir que dicha tradición se haya extinguido por completo. En numerosos subcampos de la sociología, desde la investigación de la socialización hasta la sociología criminal y urbana y la sociología ocupacional, las obras de la tradición de Chicago desempeñan un importante papel y han contribuido a la fecundidad de las investigaciones llevadas a cabo en estas áreas. Fragmentos dispersos de esta tradición, tales como las ideas de Mead sobre el yo y sobre la adopción de papeles, el «teorema de Thomas» sobre el carácter efectivo de todos los componentes de una situación que se consideran reales, y el concepto fundamental del método biográfico pertenecen al acervo estándar del conocimiento sociológico. Ciertamente, muchos representantes de esta tradición se encontraron en relativa soledad o tuvieron que adoptar el papel de una «oposición» más o menos «leal» frente a la corriente sociológica principal. En los años sesenta casi puede decirse que esta tradición estuvo de moda, especialmente en la formulación que le dió Herbert Blumer (1969). Pero se puso de moda en forma de confusa amalgama teórica con enfoques fenomenológicos y otros tipos de planteamientos que desplazaron al denominado enfoque interpretativo (Wilson: 1970). En el pasado más reciente, ha habido cada vez más intentos por superar la anterior tendencia de esta tradición a concentrarse en fenómenos microsociológicos y por lograr una autocomprensión a la luz de su historia.

Estos intentos han adoptado dos formas claramente distintas. Por una parte, el movimiento orientado hacia la teoría de la ciencia neopositivista y la psicología conductista promete corregir el «sesgo acstructural» de la tradición simbólico-interaccionista². Desde el punto de vista de la historia de la teoría sociológica, esta línea de pensa-

² Pueden encontrarse exposiciones ejemplares de esta posición en McPhail y Rexroat (1979) y en Stryker (1980). Para una discusión del libro de Stryker vid. Review Symposium, *Symbolic Interaction*, 5, 1982: 141-72.

miento trata de legitimarse intentando hacer del conflicto metateórico entre nominalistas y realistas el hilo conductor que distinga la rama de la tradición que se origina con Peirce y Mead de aquella que lleva desde James a Blumer pasando por Dewey³. Por otra parte, están los intentos de descubrir y extraer los supuestos macroteóricos que siempre han estado implícitos en la investigación concreta llevada a cabo en esta tradición e integrarlos en un todo coherente, una teoría del «orden negociado». En los escritos más recientes de los interaccionistas simbólicos también es posible encontrar indicios de que esta corriente se ocupa ahora de las ideas del estructuralismo y del post-estructuralismo (Perinbanayagam: 1985).

Con independencia de cómo se valoren estas diferentes escuelas, todas ellas indican que se está intentando introducir en la discusión teórica general la herencia de la tradición sociológica que tiene sus raíces en la escuela de Chicago. Esto no es, en modo alguno, característico de dicha escuela. Durante muchas décadas la tradición de la escuela de Chicago se mantuvo no tanto mediante la elaboración de una teoría sistemática y su fundamentación teórica como mediante la investigación ejemplar y la transmisión oral. Este hecho pudo convertirse en un punto de referencia para la autointerpretación de los interaccionistas simbólicos y para una exposición de la historia de esta escuela de pensamiento (Rock: 1979). El silencio de Parsons, por así decirlo, le fue pagado con su misma moneda. Es difícil saber si este autoaislamiento teórico se debía a una justificada desconfianza hacia la construcción analítica de la teoría, en contraste con el propio programa del interaccionismo simbólico, consistente en formular una teoría empíricamente fundamentada (Glaser y Strauss: 1967), o simplemente a la incapacidad de los teóricos de Chicago de oponer algo de un alcance siquiera aproximadamente equivalente a enfoques teórica e históricamente comprensivos como los de Parsons o los del marxismo y la teoría crítica.

Las dificultades para revisar el interaccionismo simbólico se plantean desde esta perspectiva. En un primer nivel, definiremos el interaccionismo simbólico tal como generalmente se entiende. El nombre de esta línea de investigación sociológica y sociopsicológica fue acuñado en 1938 por Herbert Blumer (1938). Su principal objeto de estudio son los procesos de interacción — acción social que se caracteriza por una orientación inmediatamente recíproca—, y las investigaciones de estos procesos se basan en un particular concepto

³ Vid. Lewis y Smith: 1980. Han aparecido varios comentarios casi enteramente negativos de este libro que contienen importantes tesis sobre la relación entre el pragmatismo y la sociología. Algunos de estos comentarios son: Blumer: 1983; Johnson y Picou: 1985; Miller: 1982; Rochberg-Halton: 1983.

de interacción que subraya el carácter simbólico de la acción social. El caso prototípico es el de las relaciones sociales en las que la acción no adopta la forma de mera traducción de reglas fijas en acciones, sino en el caso en que las definiciones de las relaciones son propuestas y establecidas colectiva y recíprocamente. Por tanto, se considera que las relaciones sociales no quedan establecidas de una vez por todas, sino abiertas y sometidas al continuo reconocimiento por parte de los miembros de la comunidad.

Ahora bien, sería totalmente inadecuado limitar un esbozo del interaccionismo simbólico a su idea central y a las preferencias teóricas y metodológicas que surgen de ella. Las numerosas críticas al interaccionismo simbólico son por sí solas razón suficiente para que sea preciso ir más allá de este primer nivel de presentación. Tales críticas suelen acusar al interaccionismo simbólico de limitarse a los fenómenos de la inmediatez interpersonal. Sin embargo, también se le critica el que ignore las cuestiones relativas al poder y a la dominación, y se le imputa que ve el complejo de las relaciones macrosociales como el simple horizonte de la socialidad del universo vital, así como una completa ignorancia de la dominación de la naturaleza por la sociedad o del hecho de que las condiciones sociales pueden llegar a ser autónomas con relación a las acciones y orientaciones de los que participan en las acciones sociales. Si bien es cierto que muchas de estas críticas pueden aplicarse, al menos de forma parcial, al programa de Herbert Blumer y a los sociólogos que siguen ese programa, es sin embargo dudoso que estén justificadas cuando se considera el conjunto de la obra teórica y empírica producida por esta línea de investigación.

La verdadera importancia del interaccionismo simbólico y su potencial fecundidad teórica solo puede entenderse cuando se contrasta con la vieja escuela de Chicago, escuela a la que continúa, si bien eliminando ciertos aspectos de su pensamiento. Esta forma de considerar el interaccionismo simbólico, por tanto, constituye otro de los aspectos que tratará la presente exposición de aquella tradición. El interaccionismo simbólico se considera la continuación de ciertas partes del pensamiento y la obra del heterogéneo grupo interdisciplinar de teóricos, investigadores sociales y reformadores sociales de la Universidad de Chicago que ejercieron una influencia determinante en la sociología americana entre 1890 y 1940, la fase de institucionalización de la disciplina. No cabe duda de que esta escuela no tenía un teórico inequívocamente decisivo ni un programa de investigación claramente definido; la escuela de Chicago consistía más bien en un complejo entramado de pensadores e investigadores más o menos importantes cuyas influencias mutuas es difícil reconstruir ahora.

Por consiguiente, una exposición de esta escuela interesada en sus aspectos teórico-sistemáticos tiene que tratar de desvelar y extraer la estructura subyacente de los supuestos compartidos por sus miembros en este segundo nivel de análisis, y debe hacerlo sin crear la falsa impresión de que hubo una homogeneidad absoluta o una estabilidad temporal en dicha escuela. Sin embargo, no es esta la dificultad principal. Esta reside en el hecho de que la escuela de Chicago (que podría describirse como la combinación de una filosofía pragmática, de un intento de dar una orientación política reformista a las posibilidades de la democracia en condiciones de rápida industrialización y urbanización, y de los esfuerzos por convertir la sociología en una ciencia empírica concediendo una gran importancia a las fuentes precientíficas del conocimiento empírico) no era nada más que una realización parcial —desde el punto de vista teórico— de las posibilidades inherentes a la filosofía social del pragmatismo.

De aquí se deriva la necesidad de considerar nuestro asunto en un tercer nivel de estudio, en el que trataremos de reconstruir el pragmatismo como fuente filosófica de la escuela de Chicago y del interaccionismo simbólico. Esto no significa, por supuesto, que haya que atribuir una mayor importancia o una vigencia más duradera a la elaboración de conceptos filosóficos en cuanto tal. Lo que queremos decir es que en la filosofía pragmática pueden encontrarse ideas fundamentales sobre las teorías de la acción y el orden social sumamente relevantes para las tareas teóricas de la sociología actual. En la sociología no han sido debidamente integrados estos fundamentos de una teoría de la acción y del orden social. La escuela de Chicago y la tradición crucial del interaccionismo simbólico deben gran parte de su importancia a la transformación de estas ideas fundamentales en una teoría concreta de la ciencia social y en investigación empírica. No obstante, es posible demostrar que esta transformación solo se llevó a cabo de forma fragmentaria, y que algunos de los problemas no resueltos de esta tradición pueden resolverse reconsiderando su punto de partida. El siguiente ensayo comienza, por tanto, con un análisis de la importancia del pragmatismo para la teoría social. Este análisis va seguido de un examen de las fases más importantes del desarrollo del pragmatismo en su versión sociológica, representadas por la obra de W. I. Thomas, Robert Park, Herbert Blumer y Everett Hughes, y de la situación en el momento presente. Un análisis de los resultados teóricos de esta tradición para la construcción de la teoría actual cierra nuestro examen de esta escuela.

I. El pragmatismo como la principal fuente filosófica de la escuela de Chicago

El pragmatismo es una filosofía de la acción. Sin embargo, no desarrolló su modelo de acción como lo hizo Parsons y, al menos según la interpretación parsoniana de estos, como lo hicieron los pensadores sociológicos clásicos, es decir, planteando y respondiendo esta pregunta: ¿qué dimensiones deben añadirse a la noción utilitarista de actor solitario que persigue racionalmente sus fines si se quiere aprehender teóricamente el innegable aunque —en el marco del utilitarismo— inexplicable hecho de la existencia del orden social? El pragmatismo no es, sin duda, menos crítico respecto al utilitarismo de lo que lo fueron los teóricos clásicos de la sociología. Sin embargo, el pragmatismo no ataca al utilitarismo en el problema de la acción y el orden social, sino en el de la acción y la conciencia. El pragmatismo desarrolló el concepto de acción a fin de superar los dualismos cartesianos. Partiendo de esta iniciativa se elaboró un concepto de la intencionalidad y el orden social que difiere radicalmente del utilitarista. El concepto de racionalidad y el ideal normativo de este tipo de pensamiento se expresan teóricamente en la idea de acción autorregulada. La teoría pragmática del orden social, por lo tanto, está guiada por una concepción del control social en el sentido de autorregulación colectiva y resolución colectiva de problemas. Esta concepción del orden social está inspirada en ideas acerca de la democracia y la estructura de la comunicación en las comunidades científicas. El problema de determinar la importancia empírica de este tipo de orden social en las sociedades modernas es uno de las temas centrales de la filosofía política pragmática y de la sociología basada en esa filosofía. Consideremos ahora estas cuestiones en detalle.

La emancipación del individuo de la legitimidad y autoridad autoevidentes de las instituciones e ideas tradicionales que tuvo lugar a principios de la modernidad es la expresión más extrema y radical del pensamiento de René Descartes. Descartes convirtió el derecho individual a dudar en el firme fundamento de una filosofía basada en la certeza de sí del yo pensante y dubitante. Naturalmente, esto acabó con la incuestionada evidencia de la existencia de un mundo externo a las conciencias individuales, del cuerpo del yo pensante en tanto que componente de este mundo, y de los demás sujetos pensantes del mundo. Por tanto, una filosofía de orientación epistemológica pudo justificar sus pretensiones fundacionales frente a las ciencias. Sin embargo, al mismo tiempo se crearon los difíciles —o imposibles— problemas de constituir sobre la base del yo pensante el mundo, el cuerpo, y el «tú», el sujeto opuesto al yo. La idea central

del pragmatismo iba dirigida contra todo este programa. Lo que el pragmático pone en duda es que la duda cartesiana tenga sentido.

No podemos partir de la duda absoluta. Tenemos que comenzar con todos los prejuicios que ya tenía cuando empezamos a estudiar filosofía. Una máxima no puede desvanecer estos prejuicios, pues son cosas que no se nos ocurre que *puedan* ponerse en cuestión. De ahí que este escepticismo inicial será un mero autoengaño, y no una duda verdadera; y nadie que siga el método cartesiano estará enteramente satisfecho hasta que haya recuperado formalmente todas aquellas creencias que había adoptado formalmente [...] Es cierto que una persona puede, en el curso de sus estudios, encontrar razones para poner en duda lo que había comenzado creyendo; pero en tal caso duda porque tiene una razón positiva para hacerlo, y no por causa de la máxima cartesiana. (Peirce: 1934, pp. 156 y siguientes.)

Esta crítica de la duda cartesiana es cualquier cosa menos una defensa de autoridades incuestionables frente a la pretensión emancipatoria del yo pensante; es, sin embargo, un alegato en favor de la duda *auténtica*, es decir, en favor de sujetar el conocimiento a situaciones que presenten problemas reales. Se sustituye el concepto rector del cartesianismo, el del yo que duda en solitario, por la idea de una búsqueda cooperativa de la verdad a fin de enfrentarse con problemas reales que surgen en el curso de la acción. Uno estaría tentado de atribuir a esta transformación la misma importancia histórica que se concede a la filosofía de Descartes.

Al menos, las consecuencias de esta transformación de la idea rectora de la reflexión filosófica tienen un alcance extraordinariamente amplio. En efecto, queda transformada toda la relación entre conocimiento y realidad. El concepto de verdad ya no expresa una correcta representación cognoscitiva de la realidad (idea que cabría concebir metafóricamente como «representación» [*Abbildung*]), sino un aumento del poder para actuar en relación con un entorno. Es necesario replantear ahora todos los niveles del conocimiento, desde la percepción sensorial hasta la autorreflexión, pasando por la deducción lógica de conclusiones. Charles Peirce comenzó a desarrollar este programa. William James lo aplicó a un gran número de problemas, principalmente de naturaleza religiosa o existencial. Llevado quizá de su deseo de demostrar la imposibilidad de encontrar soluciones universalmente válidas a estos problemas, James limitó de forma decisiva, y por consiguiente debilitó, la idea básica del pragmatismo. A diferencia de Peirce, formuló el criterio de verdad en función de los resultados fácticos de la acción y no en función de los resultados que, en general, cabría esperar que ocurrieran. En la psicología de James se tomaba como punto de partida la pura corriente de experiencia consciente, no la acción. Sin embar-

go, desarrolló análisis extraordinariamente penetrantes que mostraban el carácter selectivo de la percepción y la distribución de la atención como función de los fines del sujeto. Peirce apenas ejerció influencia en los sociólogos; los escritos de James sí, aunque de forma muy difusa, y se manifestó, sobre todo, en una sensibilización respecto a las sutilezas de las experiencias subjetivas. La influencia decisiva del pragmatismo en la sociología solo tuvo lugar a través de John Dewey y George Herbert Mead. Estos dos hombres, que al principio siguieron un programa hegeliano «naturalizado», y quienes, como Feuerbach⁴, se sentían por tanto por encima de las restricciones cartesianas del pensamiento, se dieron cuenta de la importancia crucial de refundar el pragmatismo sobre la base de las ciencias biológicas y sociales.

Esta «refundación» del pragmatismo adoptó al principio la forma de una psicología funcionalista. Dicha psicología trataba de interpretar todas las operaciones y procesos psíquicos —y no solamente los cognitivos— desde el punto de vista de su funcionalidad con respecto a la solución de los problemas que los sujetos encuentran en el curso de su conducta. Tal empresa suponía el rechazo de los métodos epistemológicos tradicionales para la interpretación de los fenómenos psíquicos, así como una crítica de todas las psicologías que en mayor o menor medida incorporaban estas posiciones filosóficas obsoletas. El testimonio más célebre del nuevo método es el artículo pionero de John Dewey, «The Reflex Arc Concept in Psychology», publicado en 1896 (Dewey: 1972); su elaboración más acabada, sin embargo, puede encontrarse en «The definition of the Psychical» (1903), minucioso estudio de George Herbert Mead que todavía permanece casi totalmente ignorado.

Dewey critica una psicología que cree haber encontrado su objeto en la formulación de relaciones causales de carácter legal entre los estímulos ambientales y las reacciones del organismo. Dewey niega que sea legítimo concebir las acciones como la adición de tres fases: estimulación externa, procesamiento interno del estímulo, y reacción externa. A este «modelo del arco reflejo» opone la totalidad de la acción: es la acción lo que determina qué estímulos son relevantes dentro del contexto definido por la acción. Los elementos de una acción, que la teoría del arco reflejo considera discretos, son, afirma Dewey, distinciones funcionales dentro de la acción; cuando se interrumpe la ejecución de una acción la unidad de esta se descompone, y se manifiesta la funcionalidad de esas distinciones. El sujeto es consciente de la sensación como estímulo externo cuando

⁴ Sobre Feuerbach, vid. Honneth y Joas: 1980.

su naturaleza es *desconocida*; y nos damos cuenta de la necesidad de una reacción como tal cuando *no* sabemos cómo debemos reaccionar. De acuerdo con esto, Mead definió lo psíquico como «aquella fase de la experiencia en la que somos inmediatamente conscientes de impulsos en conflicto que despojan al objeto de su carácter de objeto-estímulo, dejándonos en esa medida en una actitud de subjetividad; pero durante la cual un nuevo objeto-estímulo aparece por razón de la actividad reconstructiva que se identifica con el sujeto “yo” [I] en cuanto distinto del objeto “mí”» [*me*] (Mead: 1903, p. 109).

Es cierto que la crítica de Dewey y Mead, al menos tal como la hemos presentado, se refiere a teorías que reducen la acción a una conducta determinada por el ambiente. Sin embargo, el modelo de acción empleado en esta crítica también muestra la modificación del significado de la intencionalidad en comparación con aquellas teorías que consideran que la acción es la realización de fines ya establecidos. En el pragmatismo, precisamente porque este considera todas las operaciones psíquicas a la luz de su funcionalidad con respecto a la acción, no es posible sostener la idea de que determinar un fin es un acto de conciencia *per se* que transcurre fuera de contextos de acción. Antes bien, el determinar un fin solo puede ser el resultado de la reflexión acerca de las resistencias que encuentra la conducta orientada en diversas direcciones. Si se evidencia la imposibilidad de seguir simultáneamente todos los diversos impulsos rectores o compulsiones de la acción, puede tener lugar la selección de un motivo dominante, que entonces, en cuanto fin, domina el resto de los motivos o solo permite que se realicen de modo subordinado.

Sin embargo, lo normal no es que se de tan clara orientación respecto a un fin. Por naturaleza, la acción solo es difusamente teleológica. Incluso nuestra percepción está configurada por nuestras capacidades y posibilidades de acción. El actor solo limitará la variedad de sus impulsos y sensibilidad a una línea de acción definida orientada a un único fin si se ve forzado por sí mismo o por otro. El interés de Dewey y Mead por el juego infantil no se debía únicamente a su deseo de llevar a cabo una reforma en la educación, sino también a que dicho juego les servía como modelo de acción en la que la presión orientada a la consecución de fines inequívocos era muy escasa. En sus análisis de la experimentación desarrollaron una definición de la inteligencia creativa como superación de los problemas de la acción a través de la invención de nuevas posibilidades de acción; esta capacidad para la invención o creatividad, sin embargo, presupone la manipulación consciente de la forma de acción denominada juego, el «jugar con» distintas alternativas de acción. En este punto del desarrollo del pensamiento de Dewey y

Mead es claro que, en contraste con el planteamiento utilitarista, la teoría pragmática de la acción abre nuevos ámbitos de fenómenos al tiempo que exigen la reinterpretación de los ya conocidos, y lo hace de forma que no encuentra parangón en la crítica del utilitarismo llevada a cabo por los clásicos de la sociología.

Consideremos ahora brevemente tres posibles objeciones al modelo pragmático de la acción. La crítica de que este modelo limita el concepto de acción de modo instrumentalista o activista tiene que haber perdido plausibilidad al haber indicado arriba la importancia que el juego y la creatividad tienen para el pragmatismo. La refutación más enérgica de esta crítica puede encontrarse en los escritos de Dewey sobre estética (Dewey: 1934), en los que se demuestra precisamente la disposición pasiva del sujeto a la experimentación y perfeccionamiento de la experiencia en relación con el presente. Para Dewey, el pragmatismo era nada menos que un medio de criticar aquellos aspectos de la vida americana «que hacen de la acción un fin en sí misma y que conciben los fines de modo demasiado estrecho y demasiado “práctico”» (Dewey: 1931, p. 16). Por tanto, la elección de la acción como el punto de partida de la reflexión filosófica no quiere decir que el mundo se degrade a la categoría de mero material a disposición de las intenciones de los actores; esta objeción se basa aun en la dicotomía cartesiana, cuya superación es justamente lo que está en cuestión. Solo en la acción se nos revela la inmediatez cualitativa del mundo y de nosotros mismos.

Otra posible objeción es que en el modelo de acción pragmático la conciencia se encuentra orientada al momento presente. Esta acusación puede rebatirse señalando la importancia central que tienen los «hábitos» en este modelo. Los actores no almacenan en su conciencia las soluciones a los problemas de la acción, sino que las aplican a nuevas acciones, las cuales, como rutinas, siguen su curso ajenas a la conciencia de los actores. Únicamente un nuevo problema que plantee la acción hace ineficaces las rutinas y los «hábitos» y requiere nuevo aprendizaje.

Un tercer problema, el más difícil para la filosofía social pragmática, es que el modelo de acción descrito es tan general que ni siquiera distingue la relación del actor con los objetos de su entorno de la relación del actor con sus semejantes. La transformación del yo cartesiano en una comunidad constituida por la solución colectiva a los problemas no pasó de ser una simple declaración. No cabe duda de que Peirce logró vincular *inmanentemente* su idea de la comunidad crítica de científicos con su modelo teórico de acción al sostener que todo conocimiento es mediado por los signos. Su teoría de los signos contiene, además del objeto significado y la peculiaridad cualitativa del significante, una conciencia interpretativa pette-

neciente a un sujeto que desea comunicar su intención a otro o a sí mismo ⁵.

Peirce no pudo, sin embargo, ofrecer una verdadera teoría del sujeto que se comunica consigo mismo o con otros. Cooley fue el primero en expresar la necesidad de un pragmatismo ⁶ «social» o «sociológico» y en desarrollar una teoría del yo y de su dependencia de grupos primarios. De todos modos, la elaboración de su teoría era todavía muy inconsistente. Cooley no fundamentó la conciencia sobre la acción de forma lógicamente rigurosa, y formuló una teoría del yo más emotiva que cognoscitiva. Este problema de lograr un análisis pragmático de las situaciones de interacción social y autorreflexión individual era el nexo crucial para unir la filosofía pragmática con una sociología y psicología social antiutilitarista. Mucho más que el propio Dewey, fue George Herbert Mead quien en su análisis del origen de la comunicación gestual y lingüística humana pensó a fondo el problema y le dio paso a paso una solución. Al atribuírsele la solución del problema, Mead se convirtió en la figura estratégicamente central de la escuela de Chicago. Esto es cierto, independientemente de lo sólida que fuera su solución y de lo profunda que fuera de hecho la recepción de su pensamiento en la sociología.

Sería incorrecto entender la contribución de Mead ⁷ como una simple inversión de la relación entre el individuo y la colectividad —esta vez en favor de la colectividad. El verdadero significado de su logro consiste en el hecho de que cambió fundamentalmente el planteamiento del problema. Siguiendo plenamente el espíritu del pragmatismo, investigó el tipo de situaciones de acción en que una mayor atención a los objetos del entorno no es suficiente para garantizar una continuación exitosa de la acción. Mead pensaba en los problemas de la acción interpersonal. En las situaciones sociales el propio actor es una fuente de estímulos para su compañero. Por consiguiente, tiene que prestar atención a sus propias formas de actuar, pues estas provocan reacciones en su compañero y por tanto se convierten en condiciones para la continuación de sus propias acciones. En este tipo de situación es funcionalmente necesaria no

⁵ En Rochberg-Halton (1982) se encuentra una descripción muy interesante de las diferencias entre la teoría pragmática de los signos y la teoría estructuralista.

⁶ Charles H. Cooley («Todavía está por elaborar un pragmatismo social, o quizá debería decir sociológico»), citado en Jandy (1942, p. 110). Sobre Cooley vid. la crítica de Mead en Mead (1930).

⁷ Vid. Mead (1934) y Joas (1985a). Vid. Bodenhafer (1920-1), una importante tesis doctoral escrita bajo la influencia de Mead y que ayuda a entender la importancia que tuvo para la sociología contemporánea el cambio de perspectiva propuesto por Mead.

solo la conciencia, sino también la autoconciencia. Con este análisis de la autorreflexión, Mead trataba de reconstruir pragmáticamente la herencia del idealismo alemán.

Mead desarrolló las condiciones de posibilidad de la autorreflexión a partir de una teoría sobre los orígenes de la comunicación y socialidad específicamente humana. En una serie de artículos escritos hacia 1910, sentó paso a paso los fundamentos de la teoría de la interacción simbólicamente mediada. Mead mantiene que la transformación de fases de la acción en signos gestuales posibilita que un actor reaccione ante sus propias acciones, permitiéndole por lo tanto representar con estas las de otros y que las reacciones virtuales de otros influyan anticipadamente sobre sus propias acciones. El comportamiento humano se orienta a las posibles reacciones de los demás: mediante símbolos se forman modelos de expectativas recíprocas de conducta, modelos que, sin embargo, siempre están integrados en el curso de la interacción, de la verificación de anticipaciones.

Son suficientemente conocidos los resultados conceptuales de esta innovación —las nociones de adopción de papeles, del yo [*self*], del «otro generalizado» etc.—, y podemos omitir aquí una explicación de estos. Para los propósitos de la siguiente exposición importa más el hecho de que Mead trató de extender su método al dominio de los problemas cognoscitivos. Basándose en este giro social del pragmatismo⁸, ofrece una nueva interpretación de la constitución del objeto físico, de la imagen del cuerpo y de la temporalidad subjetiva. En su conjunto, estos fragmentos hacen posible entender la acción como conducta autocontrolada, y considerar un concepto de autocontrol que no está restringido instrumentalmente, como el concepto pragmático de racionalidad.

En particular, Mead establece las condiciones de la interacción simbólica y de la autorreflexión. Sus análisis están guiados por una concepción normativa ideal de la estructura del orden social, basada principalmente en un ideal de autogobierno democrático combinado con las ideas de Peirce sobre la comunicación libre e irrestricta dentro de la comunidad científica. Sin embargo, en las partes teóricas centrales de su obra esta noción tampoco se usa para elaborar una teoría social sociológicamente útil. Este desarrollo suele más bien encontrarse en sus artículos periodísticos sobre política.

Los escritos de John Dewey van más lejos en este aspecto, especialmente la discusión de su libro *The Public and its Problems* (1927)⁹. Allí Dewey defiende una teoría que toma el proceso de

⁸ He discutido la constitución de la imagen del cuerpo en Joas (1983).

⁹ Dado que la mayor parte de las exposiciones al uso del pragmatismo no son muy útiles con respecto a las cuestiones de teoría política y a las posibilidades de

acción colectiva como su punto de partida. Esta acción encuentra problemas y lleva a consecuencias no deseadas o imprevistas que la colectividad que actúa debe asimilar reflexivamente. Dentro del marco de las normas de la comunidad, las consecuencias de la acción se perciben, interpretan, evalúan y se tienen en cuenta para la preparación de futuras acciones; y no solo actúan de este modo las instituciones a las que se han asignado específicamente estas tareas, sino todos los individuos y colectividades afectados por las consecuencias. En este proceso de interpretar y evaluar las consecuencias de la acción colectiva la comunicación entre todos los afectados desempeña un papel esencial; todos los interesados están motivados para participar en esa comunicación, para manifestar que se encuentran afectados por las consecuencias. Por tanto, la filosofía política de Dewey no toma como punto de partida un antagonismo entre los individuos y el estado, sino los problemas internos de la acción del grupo. Tanto el estado independiente como el individuo autónomo se constituyen en el público (en cuanto comunidad de comunicación integrada por todos los afectados por las consecuencias de tal acción) fundado en la comunidad de acción.

En este modelo teórico, la comunicación dirigida a la resolución de problemas de interés colectivo se convierte en una condición esencial del orden social. Así entendido, el orden social no requiere la «unanimitad» de los miembros de la sociedad; la comunicación humana vincula la unicidad individual y el reconocimiento y uso compartido o universal de los sistemas simbólicos. La filosofía política de Dewey también critica la tradición de pensamiento hobbesiana, que interpreta la acción social como impuesta únicamente por mediación de autoridades externas.

Por último, el programa de Dewey, igual que las anteriores reflexiones de Cooley, se oponen explícitamente a una «naturalización» del mercado y a los intentos de presentarlo como mecanismo autorregulador capaz de resolver los problemas. Son precisamente las consecuencias de la interconexión de acciones con finalidad económica las que requieren una interpretación y valoración colectiva. En la forma específica en que la noción de «control social» fue usada por este grupo de pensadores, tal noción no se refería a una garantía de la conformidad social sino a la autorregulación consciente, a la idea de autogobierno llevado a cabo mediante la comunicación y entendido como resolución de problemas colectivos. Así, este concepto de «control social» fue, en la teoría del orden social, el equi-

aplicar el pragmatismo a las ciencias sociales, llamo aquí la atención sobre Rucker (1969) y White (1957).

valente del concepto de «autocontrol» en la teoría de la acción ¹⁰. Ninguno de estos conceptos estaba pensado para aplicarlos a descripciones no valorativas. Al contrario, ambos contenían criterios immanentes para juzgar la racionalidad de las acciones o de los órdenes sociales. Pero esto tampoco quiere decir que no fueran más que conceptos valorativos. Precisamente, tenían que demostrar su alcance explicativo en el análisis de las acciones y sociedades humanas. Por una parte, la filosofía social del pragmatismo proponía de este modo un conjunto de conceptos fundamentales para la investigación de la ciencia social y para la construcción de teorías; por otra, otorgaba a estas mismas ciencias sociales una enorme importancia moral y política, pues se suponía que debían ayudar a las comunidades humanas a mejorar su capacidad para la acción colectiva y, en un mundo que había perdido toda certeza metafísica, hacer una contribución decisiva a la promoción de la solidaridad de una comunidad humana universal que reconoce, discute y resuelve colectivamente los problemas de la humanidad.

II. El desarrollo de la escuela de Chicago

Quienes investigan el contenido teórico del pensamiento y la obra de la antigua escuela de Chicago deben comenzar por liberarse de numerosos y extendidos errores en torno a dicha escuela para poder valorar los auténticos logros de este grupo de investigadores y pensadores ¹¹.

El primero de estos errores es el de que la escuela tenía una orientación exclusivamente empírica, y que no solo no consiguió sistematizar teóricamente los resultados de sus investigaciones, sino que consideraba que dimanaban de los objetos de investigación. Esta crítica es exacta en la medida en que esta escuela, fiel al espíritu del pragmatismo, concedía gran valor a la investigación empírica. En la historia de la ciencia social, la escuela de Chicago se sitúa en un punto intermedio entre la filosofía social evolucionista especulativa de los primeros años de la sociología y la moderna ciencia social empírica. Es también cierto que, según se observará retrospectivamente, la escuela produjo un mosaico de estudios cuasi etnográficos más que tratados teóricos de valor permanente. Pero esto no debe producir la errónea impresión de que las obras de los miembros de la escuela no compartían un marco teórico al menos implícitamente.

¹⁰ Sobre este punto vid. el excelente artículo de Janowitz (1957-6).

¹¹ Sobre la sociología americana temprana vid. Hinkle: 1963; 1980. Sobre la independencia de la sociología americana respecto a los teóricos sociales europeos clásicos, vid. Sutherland: 1978.

Aunque no es idéntico para cada estudio, es sin embargo posible descubrir este marco teórico general implícito de carácter pragmático —al cual, sin embargo, no se le dio una fundamentación metateórica explícita— en los teoremas individuales sustantivos de la escuela de Chicago.

Tan errónea como esta crítica es la idea de que la escuela de Chicago estaba únicamente interesada en llevar a cabo reformas sociales, o la creencia de que la naturaleza específica de esta escuela consistía en un reformismo social protestante más o menos secularizado¹². También en este aspecto podría hablarse de una situación intermedia en la historia de la ciencia social: una posición entre la nula profesionalización de las ciencias sociales y su total profesionalización. Todas las figuras esenciales de la escuela de Chicago se oponían a una investigación social desprovista de criterios profesionales y cuyo único objetivo fuera el de crear conciencia pública de la existencia y gravedad de los problemas sociales. Además, eran claramente conscientes de que aunque la profesionalización de las ciencias sociales tenía que basarse en métodos de investigación más exactos y en un marco de referencia universalista —en oposición al mero reformismo— tampoco debería renunciar a todos los imperativos extracientíficos. Finalmente, y por lo que respecta al carácter cristiano de la escuela de Chicago, es evidente que tal carácter está ausente del pensamiento y escritos de figuras tan importantes como Thomas y Mead. Tampoco es razonable hablar de una mera forma de cristianismo secularizado a la vista del extremado antipuritanismo de muchos de los miembros de la escuela.

Un tercer malentendido considera que la escuela de Chicago es el resultado epigonal del estudio de los escritos de pensadores europeos y de la apropiación de sus ideas. Es sin duda cierto que, sobre todo el pensamiento alemán —tal como se manifestó en la transición del historicismo a la sociología (representada por Dilthey, Windelband, Rickert, Tönnies y Simmel)— y la etnología y psicología étnica (*Völkerpsychologie*) alemanas —que trataban de explicar la vida cultural de naciones o pueblos— influyeron en la formación de muchas figuras importantes de la escuela. Se prestó gran atención a las teorías sociológicas de Durkheim, Tönnies y Simmel. Existían, en particular, afinidades entre miembros de esta escuela y Simmel, tanto más considerando que Simmel trataba de encontrar un concepto de sociedad que no la redujera a una mera agregación de individuos ni la reificara en una entidad enteramente transcendente a estos¹³. Sin

¹² Incluso en los escritos muy recientes de autores de primera fila pueden encontrarse malas interpretaciones de este tipo: vid. Tenbruk: 1985; Vidich y Lyman: 1985.

¹³ Sobre la recepción de Simmel en los Estados Unidos, vid. el amplio estudio de Levine *et al.* (1975-6).

embargo, es del todo erróneo considerar que las ideas de la escuela de Chicago derivan del pensamiento de Simmel, o suponer siquiera una superioridad general del pensamiento sociológico europeo en aquella época. Si es correcta la tesis de que el marco teórico de la escuela de Chicago tiene su origen en la filosofía social del pragmatismo, se habrá mostrado al mismo tiempo que esta se originó en una escuela de pensamiento auténticamente americana, y no en la filosofía europea. Ni siquiera hace justicia a la escuela de Chicago el que Parsons admitiera posteriormente que Cooley, Thomas y, sobre todo, Mead desarrollaron una teoría socio-psicológica de la interiorización que constituía un avance importante respecto a los teóricos sociales europeos clásicos¹⁴, pues aísla este logro de las condiciones en que se alcanzó y de las consecuencias que resultaron de él. Es decir, no se reconoció todo el alcance de la crítica pragmática del individualismo racionalista.

Este hecho tiene su expresión más sorprendente en el mito del predominio del individualismo utilitario de Herbert Spencer sobre la sociología americana preparsonianiana. Por lo que se refiere al periodo anterior a la escuela de Chicago y a los sociólogos especulativos ajenos a ella, es sin duda cierto que se trabajó mucho en una modificación teórica de las tesis de Spencer. Sin embargo, la verdad es que para todos los teóricos sociales del periodo cuyas obras todavía se leen —Peirce, James, Baldwin, Mead, Dewey, Cooley, Veblen, Thomas y Park— Spencer era una figura totalmente accesorio¹⁵. El primer libro de texto importante de la sociología americana, el *Source Book for Social Origins* (1907), puede en gran medida entenderse como una polémica contra Spencer. Desde el final de la Guerra de Secesión, muchos pensadores americanos han rechazado el individualismo atomista y han buscado nuevos modelos teóricos y prácticos de formación de la comunidad. Sus soluciones al problema de encontrar una nueva base para la comunidad adoptaron formas extremadamente diversas, que van desde un retorno a los ideales comunitarios del temprano puritanismo, pasando por el misticismo de la naturaleza, la atracción por el catolicismo, planes y experimentos utópicos, hasta la glorificación del pasado colonial de América o de la anterior situación de los estados del Sur. En la mayoría de los casos se intentó introducir los postulados morales del individualismo en estos modelos de comunidad.

Naturalmente, el modo en que el pragmatismo se transformó en sociología estuvo determinado de forma decisiva por las condiciones

¹⁴ El texto más importante de Parsons sobre estos temas es su estudio sobre Cooley (Parsons: 1968b).

¹⁵ El defensor más firme de esta tesis es Wilson (1968).

de la sociedad americana, de la Universidad de Chicago y de la vinculación política de la sociología americana temprana a su sociedad durante el periodo en que se originó, es decir, a comienzos de los noventa y en los años posteriores. En este periodo los Estados Unidos atravesaban una fase de rápida industrialización y urbanización¹⁶. La afluencia de inmigrantes era enorme; en su mayor parte provenían de tradiciones culturales muy distintas a la protestante. La disolución de la estructura de los Estados Unidos, sumamente descentralizada política y económicamente, junto con los simultáneos cambios económicos *per se* sentaron las bases de una profunda modificación de la estructura de clases de la sociedad americana. Un aspecto de este cambio que requiere especial mención es el surgimiento de una nueva clase media «profesional». Políticamente, estos cambios fueron acompañados de numerosos intentos por lograr reformas sociales, intentos que le valieron a esta época el nombre de «era progresiva». Un objetivo común a dichos intentos de reforma fue el de conservar los ideales democráticos de autonomía política de las comunidades locales bajo las nuevas condiciones de hegemonía de las grandes empresas y del gobierno federal central en la sociedad americana; esto se consiguió dando a los ideales de las pequeñas comunidades locales una forma apropiada a las nuevas comunidades urbanas. Chicago fue uno de los centros de estas empresas reformistas. Los intelectuales de la escuela de Chicago tenían una estrecha relación personal con muchos de estos intentos, y en gran medida la conservaron incluso durante el periodo conservador de los años veinte. Por consiguiente, los temas principales de la escuela de Chicago eran los problemas de ciudad moderna, especialmente del propio Chicago. Estos intereses explican casi siempre la elección de los temas de sus estudios sociológicos.

Las condiciones institucionales de la Universidad de Chicago, recientemente fundada, favorecieron la orientación hacia la investigación y la interdisciplinaridad. En esta universidad, la formación de los estudiantes graduados se centraba en la investigación, y la infraestructura estaba pensada para una investigación cooperativa. La fundación de una revista científica, el *American Journal of Sociology*, en 1895, y la publicación de los libros de texto de Thomas, Park y Burgess apoyaron el trabajo de los sociólogos de la Universidad de Chicago. En esta universidad la sociología no se vio en la necesidad de luchar por su existencia contra el *poder* de las disciplinas más antiguas, en especial la economía política, sino que, en condiciones mucho más favorables que en ningún otro lugar, pudo centrar ple-

¹⁶ La mejor exposición histórica del trasfondo sociohistórico de los desarrollos aquí mencionados es la de Wiebe (1967).

namente su atención *intelectual* en ellas, y dedicarse a demarcarse con respecto a estas ¹⁷. Estaba estrechamente relacionada con la etnología, la filosofía y la teoría de la educación (en las personas y pensamiento de Mead y Dewey), y con la economía institucionalista y antimarginalista de Thorstein Veblen.

Los fundadores de la Universidad de Chicago en sentido estricto, a excepción de Albion Small, han quedado hoy olvidados, y su importancia teórica es nula. Podemos definir a Small como una combinación de «sociólogo de sistemas» especulativo e iniciador administrativo de la investigación sociológica empírica. Su propia posición teórica, que según parece no llegó a convertirse en el hilo conductor de la investigación sociológica empírica de la Universidad de Chicago, puede denominarse «utilitarismo colectivo», es decir, era una teoría que explicaba la vida social mediante los procesos generados por el conflicto entre grupos de intereses. De todos modos, enfrentado a la fuerza de las ideas pragmáticas, este enfoque tenía pocas posibilidades de imponerse. En la obra de William Isaac Thomas, uno de los primeros graduados de la universidad de Chicago, que más tarde ingresó en su facultad, se forjó el primer nexo importante entre el pragmatismo y la investigación sociológica.

Las raíces intelectuales de Thomas se encuentran en la etnografía y en la psicología étnica ¹⁸. Estos dos campos de investigación recogían e investigaban de forma holista y (en comparación con la psicología introspectiva) «objetiva» materiales pertenecientes a la diversidad cultural de pueblos y épocas. Metodológicamente, Thomas permaneció fiel a un procedimiento etnográfico, pero aplicado a objetos no «exóticos»; teóricamente, con relación a los debates en torno a la elaboración de una psicología social, estaba interesado en un modelo teórico que prestara cuidadosa atención a la influencia de la cultura en la conducta individual y colectiva. En sus primeros escritos se fue distanciando gradualmente de la idea contemporánea de la determinación biológica de las diferencias raciales y sexuales. Los elementos básicos de su propio modelo teórico, sin embargo, son

¹⁷ Vid. Diner: 1975 sobre este tema. Las exposiciones más importantes de la escuela de Chicago son las de Blumer (1984), Carey (1975), Faris (1967) y Fisher y Strauss (1978). Quienes tengan interés en estudiar con más detalle ese tema encontrarán de utilidad la amplia bibliografía de Kurtz (1984). Una exposición breve de un único, aunque importante aspecto de la tradición de Chicago es la de Farberman (1979).

¹⁸ En Janowitz (1966, pp. 307-10) puede encontrarse una bibliografía de las publicaciones de Thomas. No existe una biografía amplia sobre Thomas. Podemos recomendar algunas exposiciones breves de su vida, como la introducción de Janowitz a la mencionada edición de los escritos de Thomas (Janowitz: 1966, pp. VII-LVIII), el estudio de Coser sobre Thomas y Znaniecki (Coser: 1977, pp. 511-59), Deegan y Burger (1981) y Zaretsky (1984).

pragmáticos. En la introducción a su *Source Book for Social Origins* (1909), se concedió ya una posición teórica central al modelo de acción de los «hábitos». Cuando, enfrentados a un estímulo desacostumbrado, los hábitos se rompen, solo puede superarse el estado de cosas que constituye una crisis mediante una operación consciente («atención») por parte del sujeto, operación que origina nuevos hábitos de conducta. Así mismo, opone el concepto de control a todos los demás conceptos fundamentales entonces en uso, tales como imitación, conflicto, coerción, contrato y «conciencia de tipo» [*consciousness of kind*].

Thomas subrayaba, más claramente que los filósofos pragmáticos, el carácter cultural de los hábitos de conducta y la integración en una colectividad de las iniciativas individuales: «el nivel cultural del grupo limita la capacidad intelectual de enfrentamiento y adaptación a las crisis» (Thomas: 1909, p. 20). La cultura, tal como Thomas la entendía, abarca los más variados recursos materiales, técnicos y cognoscitivos de una comunidad. Metodológicamente, esta orientación lleva a buscar procedimientos que hagan posible reconstruir la dinámica del tratamiento subjetivo de los problemas de la acción. Pero para Thomas esto no significa la observación participativa o el análisis del proceso de interacción, sino la recopilación e interpretación de materiales significativos para las perspectivas subjetivas de los actores. En contraste con la máxima formulada por Durkheim en *Las reglas del método sociológico*, los hechos sociales no han de explicarse únicamente mediante otros hechos sociales. De este modo, no se aplican fundamentalmente procedimientos de análisis estadístico; en vez de esto, ha de admitirse que las percepciones individuales y las nuevas creaciones de los individuos son el nexo que media entre los hechos sociales. Por consiguiente, en los estudios sociológicos se hará uso de materiales cercanos al ideal de auto-presentación autobiográfica y, por tanto, próximos a la unidad narrativa de la existencia humana. Por estas razones, para Thomas y para toda la escuela de Chicago, la demarcación de su pensamiento e investigación respecto de la psicología no desempeñaba un papel tan importante como el que tenía para Durkheim. El modelo teórico de la psicología social evitaba la identificación de la psicología con el individualismo atomista que estaban combatiendo.

La respuesta subjetiva a la transformación de una sociedad «tradicional» en una sociedad moderna fue el tema de investigación en el que más avanzaron las reflexiones de Thomas, en una combinación de teoría e investigación científica que muchas veces, como se sabe, no era consistente. En los inicios de su carrera Thomas comenzó a interesarse por los problemas de los negros americanos, de los judíos socialistas y de los inmigrantes de diversas nacionalidades en

los Estados Unidos (Bressler: 1952). Su estudio más extenso trata de los inmigrantes polacos (Thomas y Znaniecki: 1956), y fue reconocido como una de las obras paradigmáticas de la escuela de Chicago. A este estudio siguieron otros que trataban de los problemas que afectaban a los inmigrantes y otras obras sobre temas relacionados con la adaptación social, entre las que se cuenta un estudio sobre la prostitución juvenil (Park y Miller: 1921¹⁹; Thomas: 1923); sin embargo, no hizo progresos teóricos verdaderamente significativos.

El modelo teórico de Thomas, tal como fue presentado principalmente en las observaciones metodológicas preliminares a *The Polish Peasant* (1926) y en otras partes de ese estudio, amplía el modelo de acción pragmático en dos aspectos: en primer lugar, el modelo se hace más concreto desde un punto sociológico; en segundo lugar, se amplía para incluir la acción colectiva. Se hace concreto en tanto que la operación subjetiva de definir una situación se estudia con mayor exactitud. Las orientaciones de conducta aceptadas se consideran el resultado de definiciones de situaciones que previamente han tenido éxito. Con el concepto de «actitud», estas definiciones se formulan por referencia a la acción y se distinguen de la psicología de la conciencia. Se presta atención a la función social de quien define las situaciones. Es claro que estas definiciones siempre contienen un elemento de riesgo. No tienen necesariamente que conformar un sistema unitario y coherente, o que cubrir con la misma exactitud todas las situaciones. Surgen continuamente situaciones para las que no bastan las definiciones de situaciones ya establecidas. Thomas afirma que es posible dividir los motivos de la acción en cuatro clases. Estas son: el deseo de nuevas experiencias, el deseo de dominar una situación, el deseo de reconocimiento social y el deseo de tener certeza de la identidad.

Este esbozo de una teoría de la motivación muestra que Thomas había superado las nociones de la psicología del instinto sin aceptar las explicaciones propuestas por los psicoanalistas, explicaciones que consideraba monocausales. Su teoría incluye motivos que están más allá de la autoconservación material o la persecución egoísta de intereses individuales, y es sumamente similar a la psicología «humanista» desarrollada posteriormente. Contribuyó a la teoría de la personalidad con su concepto de «organización de la vida», o conformación subjetiva del curso de la vida. Aplicando esta categoría distinguió tres tipos de personalidad: el «filisteo», con una rígida orientación de su vida; el «bohémio», que no tiene una estructura de carácter coherente; y, finalmente, con una clara valoración positiva,

¹⁹ Es bien sabido que esta obra fue prácticamente escrita por Thomas.

la personalidad creativa, que es capaz de guiar sistemáticamente su propio desarrollo.

La ampliación del modelo de acción pragmático para incluir la acción colectiva cambia la concepción de la desintegración de las orientaciones o sociedades «tradicionales». Desde esta nueva perspectiva, la desorganización y la crisis presentan siempre una oportunidad para la reorganización creativa. Thomas no era un pesimista cultural que no veía en la era moderna nada más que la desintegración de la «comunidad». No creía en la oposición rígida entre instituciones fuertes y pérdida anómica de la orientación; más bien, su interés se centraba en los procesos colectivos que producen la formación de nuevas instituciones. Para él, «la estabilidad de las instituciones del grupo no es, por tanto, un simple equilibrio dinámico de procesos de desorganización y reorganización» (Thomas y Znaniecki: 1926, p. 1130).

Esta concepción de la sociedad y la historia hizo *depassé* las categorías históricas bipolares que habían ejercido tanta influencia en los comienzos de la sociología. Ya no se oponía la comunidad a la sociedad, la solidaridad mecánica a la orgánica; estas oposiciones se reemplazaron por procesos continuos de desintegración institucional, de formación exitosa o fallida de nuevas instituciones. Ya no era necesario negar la importancia para las sociedades modernas de componentes cruciales de sociedades anteriores, como la familia y la pertenencia a grupos étnicos. Qué duda cabe de que estos elementos han cambiado, pero su importancia no tiene por qué haber disminuido. La relación entre acción individual y colectiva o entre desorganización y reorganización individual y colectiva no se trataba intencionadamente de forma funcionalista; es decir, en condiciones de desorganización social también existen oportunidades para la reorganización individual. En su investigación empírica sobre los inmigrantes polacos, Thomas se dedicó a investigar las diferentes fases del crítico proceso de adaptación sufrido por estos inmigrantes utilizando materiales empíricos adecuados a cada una de las fases (Madge: 1962, pp. 52-87). Trazó una descripción de la sociedad campesina polaca basándose en cartas, descripción que mostraba esa sociedad desde aspectos extraordinariamente diversos. La desintegración de esta sociedad con la extensión del capitalismo industrial y los primeros esfuerzos por reorganizarse se documentaron con artículos tomados de los periódicos polacos. La desorganización personal de los inmigrantes se presentó con ayuda de un amplio material autobiográfico. La información sobre la desorganización social de la cultura de los inmigrantes en los Estados Unidos se recogió de informes de tribunales y parroquias. De este modo, a pesar de todos los problemas de la relación entre la teoría y la investigación empírica, se

escribió una impresionante obra sociológica pionera a la que aún hoy se debe considerar un clásico.

Durante algún tiempo William Thomas fue el sociólogo más importante de la escuela de Chicago. Cuando en 1918 fue expulsado de su Universidad a causa de una conspiración motivada por su inconformismo político y moral, fue sucedido como líder oficioso de la escuela por un hombre al que el propio Thomas había traído a Chicago unos pocos años antes y que, antes incluso de que se conocieran, había desarrollado una fuerte afinidad con las orientaciones de Thomas y con los temas de su pensamiento e investigación: Robert Park. Hasta mediados de los años treinta Park fue la figura más influyente de la escuela. Su importancia es mayor incluso que la de Thomas, tanto más cuanto que se ejerció a través de sus numerosos estudiantes y de la realización de proyectos de investigación, y no solo mediante sus propios estudios.

A la luz de los numerosos giros de su vida, que no le llevaron a la cátedra hasta pasados los cincuenta años de edad, casi parece como si hubiera sido predestinado al papel que desempeñó en la Universidad de Chicago²⁰. Siendo estudiante estuvo bajo la decisiva influencia de John Dewey; trabajó durante muchos años como reportero, y se doctoró en Alemania con una crítica, influida por Simmel, de la psicología de masas contemporánea, publicando su disertación en alemán. Además, habiendo sido durante años un estrecho colaborador del reformador negro Booker T. Washington, conocía los problemas de los negros de los Estados Unidos mejor que ningún otro blanco de aquel periodo. Estas diversas actividades en modo alguno eran tan inconexas como puede parecer a primera vista. Al menos, la personalidad creativa de Park consiguió integrarlas. De la filosofía de Dewey, Park había tomado en particular el interés por la democracia como orden social y por la comunicación pública como prerrequisito de la democracia. Su actividad periodística concordaba plenamente con estos intereses; más adelante, Park definiría «noticia» como información que interesa a todos porque a todos concierne, pero cuya interpretación, sin embargo, está todavía abierta (Park: 1972). Park estaba más interesado que Dewey en la realidad empírica de los procesos de formación de la opinión pública, y de la dinámica de los procesos de discusión que frecuentemente llevan a resultados no consensuales. Su pasión por ofrecer informes de primera mano

²⁰ La mayor parte de los artículos importantes de Park se han publicado en la edición en tres volúmenes de sus *Collected Papers* (1950-5). Existe una excelente literatura secundaria sobre Park. Destaca el estudio de Matthews (1977); vid. también Coser (1977: pp. 357-84) y Turner (1967).

y su compromiso con los negros americanos estaban animados por una profunda avidez de experiencias que trascendían los estrechos límites culturales y morales del parroquial entorno protestante de América. Mientras que entre la mayoría de los intelectuales progresistas de aquel periodo apenas puede encontrarse conciencia de la terrible condición de los negros en los Estados Unidos, Park observó que la existencia de una población de raza negra requería una reflexión sobre la posibilidad del «control social» y la democracia en condiciones de heterogeneidad cultural, reflexión prioritaria frente a la cuestión de la integración de los nuevos inmigrantes en la sociedad americana. Finalmente, en su tesis alemana Park había aplicado el concepto de democracia de Dewey como concepto formal en el sentido de Simmel. Con esto, Park consiguió dos cosas. Desde el punto de vista de la teoría de la acción, se evidenció que el problema de alcanzar un consenso creativo tenía una importancia fundamental, y se mostró, en contra de las pretensiones de los psicólogos de masas europeos, que existe una posible racionalidad en los procesos de toma de decisión colectivos. Pero el uso que hizo Park del concepto de Dewey ofreció además una alternativa a la teoría bipolar de la transformación histórica con sus categorías opuestas de «comunidad» y «sociedad». Esta alternativa era la transformación de las comunidades tradicionales o bien en sociedades de masas o bien en sociedades democráticamente integradas. Park tenía un intenso interés por las posibilidades creativas de las masas y de la discusión pública.

Esto hace comprensible que para él la conducta colectiva de la que surgen y que transforma estas instituciones se convirtiera en el verdadero objeto de la sociología. En el gran manual introductorio escrito por Park y Burgess (1921) —la «biblia verde» de los sociólogos americanos del periodo de entreguerras— la sociología se definía como la ciencia de la conducta colectiva. Esto no quiere decir, por supuesto, que la acción individual deba ignorarse o excluirse del ámbito de la sociología, sino que ha de entenderse que su orientación se constituye colectivamente.

Para Park la sociedad no se enfrenta al individuo como un mero agente de represión, coerción u obligación. También se experimenta como fuente de inspiración, de expansión del yo y de liberación y fortalecimiento de energías personales ocultas. La condición para la acción colectiva es la existencia de «representaciones colectivas», que se constituyen en la comunicación. Tal enfoque tiene que centrarse, por consiguiente, en las diferentes formas de constitución de estas representaciones colectivas, que van desde los sistemas de símbolos religiosos hasta la opinión pública, y entre las que también se cuentan fenómenos como la moda.

Esta idea no nos aleja del ámbito familiar a la filosofía social pragmática. Es evidente que el lenguaje en el que Park y Burgess expresan estas ideas en su libro de texto está influido por Durkheim²¹. Sin embargo, ellos insisten con mayor energía que el teórico francés en las formas modernas y cotidianas de la aparición de las representaciones colectivas. Podríamos concluir fácilmente que esto es poco más que la simple formulación de ideas fundamentales archiconocidas en un estilo durkheimiano más próximo a la realidad empírica. Pero esta impresión se desvanece, no obstante, cuando se observa que para Park esa concepción de la sociedad solo capta uno de los dos tipos de orden social: el tipo del «orden moral», de la acción colectiva que se regula por referencia a valores y significados. Sin embargo, a este tipo se opone otro, que Park denomina orden «biótico» o «ecológico»²². La razón para introducir ese segundo tipo de orden social era, evidentemente, la dificultad de entender —partiendo de su modelo característico de orden social— las desviaciones sistemáticas de los resultados de la acción colectiva respecto a las intenciones colectivas, o de comprender los resultados sistemáticos de la acción no coordinada. Park tomó el arquetipo de esta teoría «ecológica humana» de la ecología de las plantas, que, a su vez, había sido parcialmente influida por la economía de mercado. Estos modelos le parecieron adecuados para representar científicamente procesos de competencia por recursos escasos y las adaptaciones recíprocas y distribuciones espaciales y temporales resultantes.

La teoría de Park fue fructífera en la medida en que consideró seriamente la relación de los procesos sociales con su entorno físico. Esta teoría fue el punto de partida de muchas iniciativas, por ejemplo, la investigación del origen y transformación de la función de los barrios, y la investigación acerca de la difusión regional de fenómenos sociales. Sin embargo, los modelos empleados en estos estudios corrían constantemente el riesgo de «naturalizar» los fenómenos sociales, y de darles por tanto una interpretación determinista. Ralph Turner señaló esta deficiencia crucial²³. La distinción de los dos tipos de orden social no se refiere a esferas sociales diferentes, sino al carácter intencional o no intencional de los resultados de la acción social.

Este hecho, empero, dio lugar al problema de la aplicación de estos modelos de orden social y, sobre todo, al problema de inte-

²¹ Una comparación tendría que recurrir a las lecciones sobre el pragmatismo de Durkheim y a su sociología de la religión (Durkheim: 1955). En Joas (1985b) y en Stone y Farberman (1967) se proponen interpretaciones de estas lecciones.

²² Vid. un resumen en Park: 1936.

²³ Vid. las excelentes observaciones críticas de Turner (1967, p. XXIX).

garlos para producir una teoría coherente y unificada de la sociedad. La falta de claridad teórica de Park produjo aquí la mera combinación de una macrosociología de orientación democrática con hipótesis subyacentes relativas a la competencia y a la lucha por la existencia, que se consideran naturales. No se logró una teoría que reconciliara economía y sociedad. La escisión entre las dos vertientes de la teoría de Park se superó con hipótesis evolucionistas sobre la transformación gradual del ámbito de la sociedad no planificado y competitivo en el sector democráticamente autodeterminado: «la evolución de la sociedad ha consistido en la progresiva extensión del control sobre la naturaleza y en la sustitución del orden natural por un orden moral» (Park y Burgess: 1921, p. 511). Esta concepción implícita también distorsiona la idea de la «historia natural» y, en particular, influye en el famoso «modelo de fases» del desarrollo de las relaciones entre razas, desarrollo que va desde la «competencia», pasando por el «conflicto», a la «acomodación» mutua y, finalmente, a la «asimilación». Park y sus discípulos no aplicaron estas ideas como un «tipo ideal» de proceso, sino como un modelo determinista. Es evidente que como tal modelo es fácilmente criticable, bien sea indicando los elementos etnocéntricos del modo en que se consideran determinados fenómenos de urbanización, bien sea señalando aquellos casos en los que el curso de desarrollo de las relaciones entre razas tiene un resultado enteramente distinto al de la asimilación²⁴. Park, sin embargo, utilizaba el carácter determinista de sus modelos con motivo de una polémica contra la rebelión de los negros americanos y contra los intelectuales reformistas que actuaban por cuenta de otros.

Es obvio, por tanto, que no puede pretenderse que Park y sus discípulos consiguieran transformar el pragmatismo en una teoría satisfactoria de la sociedad. Poco era lo que tenía que decir su enfoque sobre cuestiones fundamentales que una teoría ha de contestar en el siglo XX, tales como el desarrollo de las relaciones entre clases, la burocracia o las relaciones internacionales. Sin embargo, sí consiguieron elaborar un flexible marco de referencia de orientación teórica y macrosociológica para los múltiples estudios empíricos de los fenómenos de la vida cotidiana en la gran ciudad moderna (americana). Durante los años veinte y treinta se llevó a cabo una cantidad tal de estudios de este tipo que todavía hoy resulta impresionante. Algunos de ellos se hicieron célebres por sus métodos y descubrimientos, como por ejemplo el estudio de Nels Anderson *The*

²⁴ Para una crítica del ciclo de las relaciones entre razas, vid. en Cahnman (1978) la breve exposición de los últimos años de la vida de Park después de que abandonara Chicago.

Hobo (1923), la investigación de Frederick Trasher sobre las bandas de delincuentes juveniles (1927) o la biografía de un delincuente juvenil de Clifford Shaw (1930). Los primeros estudios sociológicos sobre los problemas de los negros americanos llevados a cabo por sociólogos negros tienen su origen en la escuela de Park. En todos estos casos es sorprendente la enorme diferencia que había entre su percepción de los fenómenos sociales y el punto de vista de la clase media —fuese moralista o reformista—. Park y sus estudiantes produjeron un mosaico de estudios de la vida metropolitana repleto de descripciones de primera mano de calidad casi literaria; pero esto no era, ciertamente, una ciencia social que progresara metódicamente mediante la contrastación de hipótesis o la generalización teórica.

Aunque no es posible discutir aquí en detalle la obra de otros pensadores importantes de este período de la escuela de Chicago, debemos mencionar al menos algunos de ellos. El más importante es el amigo y colaborador de Park Ernest Burgess, cuya sociología urbana tendía, sin duda, a un determinismo aun mayor que el de Park. Burgess subsumió inequívocamente la esfera económica en el modelo ecológico, y fue uno de quienes propusieron la famosa teoría de círculos concéntricos de desarrollo urbano, teoría basada en el caso de Chicago. Este autor hizo una importante contribución a la sociología de la familia, en la que introdujo la concepción de la familia como unidad procesual de personalidades en interacción; sin embargo, los instrumentos metodológicos no correspondían a este programa, y se daba por supuesta la existencia de un desarrollo evolutivo unilineal de la familia «desde la institución al compañerismo» (Bogue: 1974). Ellsworth Faris (1937), defendió ideas esenciales de la filosofía social pragmática en numerosos artículos breves y en su influyente magisterio; además, aplicó estas ideas de forma muy original a la crítica del reduccionismo conductista y de las pretensiones de la psicología de los instintos. Louis Wirth²⁵, autor influyente a finales de los años treinta y en los cuarenta, estudió el ghetto judío siguiendo en todo los métodos defendidos por Park; por otra parte, sin embargo, propuso una teoría de la gran ciudad que, de forma del todo opuesta al enfoque característico de la escuela de Park, interpretaba la vida en la gran ciudad de acuerdo con el modelo de la *sustitución* de los lazos comunitarios por las relaciones sociales.

No es este el lugar indicado para especular sobre las razones del tan debatido colapso de la escuela de Chicago en la década de los

²⁵ Vid. Wirth (1964; 1969); el volumen anterior incluye el célebre y controvertido ensayo «Urbanism as a Way of Life» (1964, pp. 60-83), publicado por vez primera en 1938 (Wirth: 1938).

treinta²⁶. En el contexto del presente artículo no nos interesan los detalles de la historia de la sociología, sino las vicisitudes posteriores de la teoría pragmática: ¿cómo aborda esta teoría los nuevos problemas, y cómo trata los antiguos e irresueltos? ¿Qué ocurrió con ella después del reflujó del optimismo progresista de los fundadores de la teoría respecto a las posibilidades de reforma? ¿Qué pasó con el dualismo del orden moral/orden biótico?

Se acostumbra a ver la principal continuación de esta tradición en los escritos programáticos sobre psicología social de Herbert Blumer. Por importantes que estos sean, constituyen sin embargo una base excesivamente restringida para examinar la continuación de esta tradición. Por tal motivo, aquí concederemos igual importancia a la inspiradora obra de Everett Hughes. En los escritos de estos dos autores podemos estudiar dos formas de tratar los problemas que se habían planteado.

La obra de Herbert Blumer, con sus méritos y deficiencias, ha tenido una importancia decisiva para la autocomprensión de las posteriores generaciones de representantes del interaccionismo simbólico. Después de escribir una tesis en la que examinaba los métodos de la psicología social, Blumer se dio a conocer en la década de los treinta por dos obras en particular (Blumer: 1928; 1939). Examinó de forma extremadamente crítica la relación entre teoría e investigación empírica en el estudio de los campesinos polacos de Thomas y Znaniecki; y en un artículo para un manual en el que sistematizaba las premisas de la tradición de la escuela de Chicago inventó el nombre de «interaccionismo simbólico». Blumer estuvo durante toda su vida interesado por la relación entre teoría e investigación empírica en las ciencias sociales. En oposición a la investigación mediante encuestas y al análisis de datos profesionalizado que estaba comenzando a imponerse en las ciencias sociales, desarrolló progresivamente la tesis de que se precisa una íntima relación del científico social con el objeto de sus investigaciones. Para todos los sociólogos que tendían a emplear métodos interpretativos, a incluir en la investigación empírica experiencias subjetivas, y a usar conceptos teóricos que aumentaban su sensibilidad respecto a la realidad empírica, sus protestas y programas metodológicos se convirtieron en un punto de referencia sumamente importante. Más aun que Mead y el resto de los pensadores sociológicos de los que había aprendido, Blumer convirtió en un dogma metodológico el carácter procesual de toda acción. Los modelos de acción de fases solo podían ser aproximadamente correctos si la continua readaptación a condiciones ambien-

²⁶ Vid. Kuklick (1973) y Lengermann (1979) además de los estudios de tipo general sobre la escuela de Chicago.

tales nuevas o cambiantes era precisamente lo característico de la acción. Su sistematización presentaba así mismo una explicación de las premisas esenciales del pensamiento pragmático más distante de la filosofía y más aplicable a los fines del investigador sociológico.

En sus estudios sustantivos sobre cuestiones étnicas y sobre la conducta colectiva, Blumer intentó ir más allá de las explicaciones psicologistas y funcionalistas, y trató incluso de reemplazarlas; además, en contraste con Park, sus escritos no están guiados por ideas evolucionistas. De todos modos, si se mide la obra de Blumer por referencia a las cuestiones abordadas por la teoría social contemporánea, se pone de manifiesto que sus escritos no proponen ninguna solución a muchas de estas. El problema implícito en el dualismo entre el orden «moral» y el orden «biótico» no se toca en ningún momento. En su versión del interaccionismo simbólico, Blumer se limita a plantear problemas que caen dentro del marco conceptual del «orden moral», evitando los problemas que parezca imposible o intuitivamente difícil tratar dentro de ese marco. De este modo fue posible consolidar un paradigma fructífero sin progresar demasiado en la confrontación con otras teorías.

No puede decirse esto de Everett Hughes, el sociólogo del trabajo y de la ocupación más destacado en la tradición de la escuela de Chicago²⁷. En su obra se mantiene el dualismo de Park, aunque modificado. La distinción entre una zona de la sociedad normativa o comunicativamente integrado y un ámbito de la sociedad regulado por los procesos de mercado o las interconexiones no planificadas entre los resultados de acciones se transforma de tal manera que, si bien se sigue analizando toda organización o institución aplicando el modelo de integración normativa, las relaciones entre estas instituciones u organizaciones se presentan como relaciones de competencia entre actores colectivos —de forma muy similar al «utilitarismo colectivo» que podemos encontrar, pongamos por caso, en la teoría de Albion Small en los inicios de la escuela de Chicago. Hughes considera que toda institución forma parte de un sistema orgánico que no especifica, sistema para el que esta institución tiene determinadas funciones que cumplir pero que, en su conjunto, no manifiesta ningún sistema de valores integrativo. El concepto de conciencia colectiva no se refiere ya a la sociedad como totalidad, sino que se aplica solamente a los actores individuales macroscópicos. En esta perspectiva subyacen, ciertamente, unas innegables posibilidades

²⁷ Los escritos breves de Everett Hughes se han reunido en *The Sociological Eye: Selected Papers* (1971). Dos interpretaciones importantes de esta obra son las de Faught (1980) y Simpson (1972).

para el análisis fructífero de la realidad empírica, posibilidades que se desarrollaron ulteriormente, tanto dentro del paradigma del interaccionismo simbólico como fuera de este, en la teoría de los grupos de referencia. Al mismo tiempo, sin embargo, esta aplicación restrictiva del concepto de conciencia colectiva también supone la pérdida del concepto de sociedad como orden social y político unitario.

Como la de Park, la obra de Hughes contiene un gran número de trabajos breves y solo unos pocos estudios extensos. Su importancia estriba en su capacidad para mantener un punto de vista consistente al tiempo que permanece fiel a la realidad empírica, y en conseguir que sus discípulos apliquen eficazmente en sus investigaciones esa perspectiva. También fueron significativos sus esfuerzos por interesar a otros investigadores en el estudio de las instituciones como totalidades vivas y en el estudio de la competencia entre grupos étnicos. Sin embargo, lo más importante son sus estudios sobre sociología ocupacional. No es sorprendente que la sociología ocupacional atrajera la atención de los continuadores de la tradición de la escuela de Chicago, que estaban interesados en emplear de forma fructífera en la investigación empírica sus ideas sobre la estructura del orden social; pues las ocupaciones son modelos de actividades especializadas de acuerdo con una división del trabajo en la que se manifiesta con particular claridad la mediación por parte de intereses diversos, correlaciones de fuerzas y procesos de negociación de una estructura que sólo en apariencia se deriva de imposiciones objetivas.

Hughes centró su atención en las profesiones liberales, aquellas ocupaciones que requieren formación universitaria, pues el mayor margen que ofrecen para que los individuos configuren su propio trabajo evidencia el rasgo esencial de la división del trabajo predicho por la teoría, a saber, que no está determinada ni tecnológica, ni ecológica, ni normativamente, y que solo puede entenderse por referencia a la acción de los individuos o grupos ocupacionales pertinentes. Como Hughes no se planteaba la cuestión de una comunidad macrosocial institucionalizada, no tuvo dificultad en hacer de las profesiones el objeto de su reflexión e investigación sin albergar creencia alguna respecto a su autojustificación. Examinó críticamente las ideologías de diferentes tipos de profesiones como medios de liberarse del control y alcanzar un *status* elevado. Estaba interesado en las técnicas y tácticas empleadas para evitar tareas no deseables y para ocultar los errores a subordinados y clientes. Por consiguiente, el hecho de que centrara su atención en profesiones en las que las rígidas pautas normativas externas tienen escasa importancia, y en las que quienes las ejercen se ven obligados a «crear» sus propios roles, no se debe de ninguna manera a una actitud acrítica hacia la ideología de estas profesiones. En el transcurso de la investigación

de Hughes también se efectuaron estudios de centros de trabajo industrial. En estas investigaciones el punto crucial era que, incluso bajo las condiciones más restrictivas, la actividad ocupacional no podía entenderse sin tomar en consideración las definiciones que los propios trabajadores hacían de su situación y su lucha por la autonomía.

A comienzos de los años cincuenta la escuela de Chicago, cuya predominancia había terminado a finales de la década de los treinta, perdió sus representantes más importantes en la propia Universidad de Chicago: Ernest Burgess se jubiló, Louis Wirth murió, y Herbert Blumer se trasladó a California. El fin de la escuela de Chicago en el sentido más estricto y definido del término ha de situarse en esa época. La herencia intelectual de la escuela, que no se había elaborado uniformemente en todos los aspectos, recorrió los caminos más diversos. La aplicación más célebre de esta herencia es la elaboración de la psicología social interaccionista por parte de Tamotsu Shibutani (1961), Anselm Strauss (1959) y Norman Denzin (1977a)²⁸, así como la de una teoría de los roles y una sociología familiar llevada a cabo, entre otros, por Ralph Turner (1970). La obra de Hughes también se continuó en los excelentes estudios sociológicos de las profesiones (en especial de la medicina) realizados por Eliot Freidson (1970), Howard Becker (Becker *et al.*: 1961) y Anselm Strauss. Además, se debe en gran medida a Becker la apertura de un nuevo campo de investigación con un influyente estudio, emprendido siguiendo en todo el espíritu de la tradición de Chicago, sobre los «marginados» y la génesis de la conducta desviada (Becker: 1963). Gregory Stone y muchos otros autores han contribuido a la comprensión y explicación sociológica de numerosos fenómenos de la vida cotidiana (Stone y Farberman: 1970). Al margen de esta escuela se encuentra la genial obra de Ervin Goffman²⁹, autor sumamente independiente y original. Si tomamos en su conjunto todos estos temas e investigadores, la imagen que obtenemos es, sin ninguna duda, la de una corriente de investigación viva y viable. Sin embargo, de estos caminos de investigación sólo uno parece conducir a la superación del aislamiento teórico de la escuela. Este es el que se ha desarrollado a partir de los fundamentos asentados principalmente por los estudios de Anselm Strauss y que en los escritos de sociólogos más jóvenes se presenta como «enfoque del orden negociado».

La elaboración de este enfoque también se llevó a cabo siguiendo

²⁸ La de Lauer y Handel (1977) es una buena panorámica.

²⁹ Como la obra de Goffman no puede explicarse mediante las premisas del pragmatismo, aquí me limitaré a mencionarla.

totalmente el estilo empírico de la tradición de Chicago: en conjunto se desarrolló por medio de estudios de casos específicos temáticamente limitados más que mediante la mera elaboración de conceptos. El origen de este enfoque puede situarse en el punto en el que la investigación de las profesiones (fundamentalmente los estudios de hospitales) realizada por miembros de la escuela condujo a una perspectiva original de la sociología de las organizaciones³⁰. Dicha perspectiva fue inicialmente la reacción a un proceso de cambio: el incremento de los tipos de profesionales que ejercen sus actividades profesionales en organizaciones complejas desvió el interés desde las «profesiones» hacia las «organizaciones profesionales». En el análisis del «hospital» como ejemplo típico de esta clase de organización se mostraron inadecuados los modelos de los tipos racionalista-burocrático y funcionalista de la sociología de las organizaciones. Desde el principio, las estructuras de división del trabajo en los hospitales demostraron ser bastante indefinidas, sus objetivos inespecíficos, y sus normas equívocas. El funcionamiento de una organización semejante sólo es posible gracias a un proceso continuo de acuerdos tácitos, disposiciones oficiosas y decisiones oficiales respecto a la estrategia de la organización en su conjunto y la forma de división del trabajo, proceso en el que participan los diversos grupos profesionales afectados, los sectores de los grupos profesionales y los individuos. De aquí se dedujo el principio general postulado por esta sociología de las organizaciones: las organizaciones han de entenderse como «sistemas de negociación continua».

Según esta teoría, las organizaciones no son formaciones estructuradas por reglas normativas unívocas; las acciones ejecutadas en ellas no están determinadas por la simple aplicación de prescripciones o principios sin ninguna intervención por parte del yo [*self*] del actor. La reflexión y el diálogo son precisos no solo para la transformación de las reglas y normas, sino también para su mantenimiento y reproducción. La existencia de las organizaciones depende de su continua reconstitución en la acción; se reproducen en las acciones y por medio de ellas. Los objetivos y estrategias de las organizaciones están sujetos a controversia; el acuerdo puede adoptar formas muy diversas, incluso la del entrecruzamiento de objetivos intencional o tolerado conscientemente y la de la pluralidad de objetivos. Todo acuerdo tiene un carácter condicional y transitorio. Los propios actores tienen teorías, tomadas de su experiencia cotidiana, acerca de la naturaleza, el alcance y el resultado probable de

³⁰ Strauss *et al.* (1963) y Bucher y Stelling (1969) son ejemplos de ese tipo de investigación.

los procesos de negociación. Si esto puede afirmarse incluso de organizaciones relativamente formales, tanto más puede aplicarse al caso de formaciones sociales con una organización menos rígida. Por consiguiente, no es la investigación de las estructuras estáticas, sino la reconstrucción de los procesos recíprocos de definición que se extienden a lo largo del tiempo y del espacio lo que se convierte en el tema central de una sociología de la organización que trata de ser compatible con las premisas del interaccionismo simbólico respecto a la psicología social y a la teoría de la personalidad, y que intenta recuperar de este modo la posibilidad de alcanzar un objetivo más amplio: la transformación del pragmatismo dentro de la sociología.

Esta sociología de las organizaciones no es, indudablemente, mas que un primer paso en esa dirección. No se trata solo de que se afirme la importancia de los procesos de negociación en las organizaciones formales frente a una comprensión incorrecta de su forma social; mucho mayor alcance tiene la tesis de que casi todos los tipos de orden social son mal interpretados si no se tiene en cuenta la función de los procesos de negociación. Tales procesos pueden encontrarse siempre que no prevalezcan ni el consenso absoluto ni la mera fuerza, y el consenso perfecto y la pura fuerza son casos límites de la vida social, no prototipos de esta (vid. Maines y Charlton: 1985, p. 295).

La aplicación de esta idea, sin embargo, puede tomar direcciones diferentes. Por ejemplo, podemos tratar de distinguir las diferentes dimensiones de los procesos de negociación para aumentar la sensibilidad hacia ellos en estudios empíricos. En su libro *Negotiations* (1979), Anselm Strauss ha intentado elaborar un esquema conceptual de este tipo, aunque en muchos aspectos sea todavía muy preliminar³¹. Las dimensiones que enumera incluyen el número de participantes, su experiencia relevante, y si están hablando solo por ellos mismos o en representación de colectividades. Señala a continuación que las negociaciones pueden ser recurrentes o no recurrentes, y que pueden repetirse a intervalos regulares o estar ordenadas en secuencias determinadas. Además, la diferencia de poder entre los actores participantes es significativa. Otras dimensiones son la importancia que tiene la negociación para los participantes, y si tiene o no la misma importancia para todos ellos; el que la negociación sea observada por terceros; el número y complejidad de los objetos de la negociación; y las alternativas que los participantes en la negociación tienen aparte de la imposición de decisiones consensuadas, es decir, en caso de que la negociación se rompa.

³¹ Vid. además Maines y Charlton (1985); vid. exposiciones de tipo general en Fine (1984) y Maines (1977).

Esta enumeración hace evidente que este enfoque no trata de afirmar la existencia de una consensualidad ideal respecto a las regulaciones sociales, consensualidad en la que el poder, el conflicto y las imposiciones estructurales no desempeñan ninguna función. Esto sería una mala interpretación muy grave. Se trata más bien de demostrar cómo el propio actor debe tomar en consideración los resultados de acciones anteriores, tanto individual como colectivamente, tanto desde la perspectiva del consenso como desde el punto de vista del conflicto, y que esta asimilación y valoración tiene lugar en condiciones estructurales que, a su vez, pueden remontarse a procesos de negociación anteriores y a resultados deseados o no deseados de las acciones.

En principio, el estudio de las dimensiones de los procesos de negociación es neutro con respecto a la esfera social en la que se dan estos procesos, así como en relación a la cuestión del significado de estas dimensiones para el funcionamiento de las sociedades. La inclusión de otros objetos de investigación (además de la «organización profesional») y la subsiguiente ampliación gradual de la capacidad de análisis macrosociológico del enfoque del «orden negociado» sería, pues, la segunda dirección en que se ha desarrollado este enfoque.

Este objetivo es compartido por estudios de orientación muy distinta. El curso de la toma de decisiones políticas, por ejemplo, ofrece claramente un ámbito para este tipo de investigación (Hall: 1972). Eliot Freidson (1975-6) no estudia únicamente la determinación formal y sustantiva de las relaciones entre grupos profesionales en las instituciones existentes, sino también la constitución de la estructura de las profesiones y del sistema social de división del trabajo en general. Algunos investigadores, por ejemplo Harvey Farberman (1975) y Norman Denzin (1977b), han centrado su atención en determinados fenómenos del mercado, y han mostrado que estos son incomprensibles sin la mediación de procesos de negociación. Gary Alan Fine y Sherryl Kleinman (1983) han ampliado el campo de atención del interaccionismo simbólico más allá de los grupos y organizaciones pequeñas hasta abarcar redes personales, a cuya investigación han hecho una aportación original.

Una característica común a todas estas empresas dispersas es que han producido estudios macrosociológicos o contribuciones teóricas fragmentarias sin caer en la naturalización de los procesos investigados en un «orden biótico». Insisten, más que la teoría democrática de la filosofía pragmática, no solo en el alcance normativo, sino también en la enorme capacidad empírica de una investigación de los rasgos de la vida social manifestados en condiciones de democracia. Sin embargo, en su mayor parte estos estudios no son todavía más

que miniaturas, no grandes descripciones del período actual que tratan cuestiones políticas e históricas de importancia. No obstante, se ha traspasado el umbral que conduce hacia una teoría de la sociedad en su conjunto y a la comprensión de formas de integración social tales como el mercado, en el que se institucionaliza la independencia de las decisiones colectivas. Sin embargo, no es posible seguir progresando en esta dirección sin que sea libre una confrontación con las grandes escuelas teóricas en estos temas. Pero es justamente a estas escuelas a quienes proponen un reto teórico los fundamentos filosóficos establecidos por el pragmatismo, su elaborada psicología social y sofisticada microsociología, así como los principios básicos del enfoque del «orden negociado».

III. Una valoración

No podemos formular una valoración sucinta de los frutos teóricos de la escuela sociológica que deriva del pragmatismo, ni una contrastación de esta escuela con el resto de las corrientes sociológicas actuales más importantes, sin limitar a unas pocas cuestiones fundamentales los múltiples problemas abordados por las teorías y la investigación del resto de las escuelas rivales. A este respecto, la propuesta más convincente la encontramos en la tradición parsoniana. De acuerdo con ella, las cuestiones que constituyen los problemas metateóricos centrales e inevitables de la sociología son las relativas a la acción y al orden social como serie ordenada de acciones³². Estos problemas son metateóricos porque no se refieren al desarrollo de teorías especiales empíricamente demostrables relativas a ciertos dominios de fenómenos, sino a cuestiones referentes a la definición y descripción conceptual del dominio de la sociología o de las ciencias sociales en general. Puede decirse que estas cuestiones son inevitables porque, aunque no toda teoría sociológica se ocupa explícitamente de ellas, ninguna puede trabajar sin sostener al menos implícitamente hipótesis relativas a la naturaleza de la acción y del orden social. En este sentido, la reflexión metateórica evidencia de forma más o menos clara estas hipótesis implícitas y exige su fundamentación. Si se acepta esta definición de *status* lógico de la teoría de la acción y del orden social, podemos servirnos de estos dos planos para comparar la realidad del pragmatismo y sus posibilidades inherentes con escuelas de pensamiento rivales o complementarias.

³² En Alexander (1982) puede encontrarse la descripción más clara de esta posición.

Como hemos expuesto, la teoría pragmática de la acción es radicalmente diferente de los modelos del utilitarismo sociológico. Al reconocer de forma exclusiva la acción racional, estos modelos no pueden dar cuenta de las actividades que se desvían de este modelo de racionalidad más que presentándolas como modos de acción equivocados. Producen una categoría residual de «acción no racional» que no permite la reconstrucción de la diversidad fenoménica de la acción. La superación de esta posición utilitarista, que es constitutiva de la sociología —de forma implícita en las obras de los teóricos sociales clásicos (Weber, Durkheim y Pareto) y explícita en los escritos de Parsons— ha seguido estando determinada por la polémica con la que comenzó: se caracterizó por una concentración en las dimensiones normativas, lo que sin duda representa un progreso respecto al utilitarismo, pero corre el riesgo de malinterpretar la función de las normas en la dinámica de la acción real. Por contraste, el interaccionismo simbólico no da por supuesta ni la consistencia ni el carácter determinista de las normas interiorizadas. La gran tradición opuesta a la sociología académica, el marxismo, es incomprendible, al menos en su origen, sin su fundamentación en su propia teoría de la acción, en el concepto «expresionista»³³ de trabajo según el cual este incorpora la fuerza de trabajo y la cualificación del obrero al producto de su trabajo. Sin embargo, muchos de los que han contribuido al desarrollo de esta tradición en cuanto teoría de la sociedad y de la historia no prestaron atención a este fundamento del marxismo. Apenas se han elaborado las ideas de «*Praxis*», «actividad» o «trabajo», ni tampoco se han puesto en relación con los problemas que aborda la teoría sociológica de la acción.

Incluso el más creativo de los nuevos enfoques de la teoría sociológica de la acción, enfoque que supera el utilitarismo, la crítica normativista del utilitarismo y marxismo tradicional, esto es, la teoría de la acción comunicativa de Jürgen Habermas (1981), no logra una revisión comprehensiva de la teoría sociológica de la acción. La oposición de un concepto comunicativo de racionalidad a las deficiencias de la comprensión instrumentalista de la racionalidad tiene como consecuencia la exclusión de múltiples dimensiones de la acción presentes en la historia del pensamiento sociológico³⁴. En este sentido, el problema no resuelto es el de cómo puede combinarse la teoría sociológica de la acción con la fecundidad teórica del pragma-

³³ Sobre esta tradición «expresionista» cfr. Berlin (1980) y Taylor (1975).

³⁴ Para un examen crítico de esta teoría de la acción vid. Joas: 1986. En la actualidad, los otros dos enfoques más importantes en esta teoría de la acción son, en mi opinión, Castoriadis (1987) y Giddens (1984). Sobre Giddens vid. Joas: [en preparación].

tismo y las tradiciones de la filosofía de la *Praxis* y con el concepto expresionista de trabajo³⁵. El pragmatismo sigue teniendo una importancia fundamental para la solución de este problema; pues esta corriente no se ha limitado a preparar el camino para tomar como modelo de la teoría sociológica de la acción el individuo que actúa intencionalmente, que controla su propio cuerpo y que es autónomo en relación a otros seres humanos y al entorno, sino que también ha abierto vías para explicar las condiciones de posibilidad de este tipo de «actor» [*Handelnder*]. La literatura del interaccionismo simbólico ofrece abundante material a este respecto. Puesto que el pragmatismo introdujo el concepto de acción como medio de obtener una nueva concepción de la relación entre acción y conciencia, es decir, como un medio para superar la filosofía de la conciencia, puede también resistir la ofensiva del estructuralismo y del post-estructuralismo —aunque admita que sus argumentos son convincentes hasta cierto punto—, y salvaguardar la dimensión de la acción humana³⁶.

En el plano de la teoría del orden social, la tradición de la teoría de la acción del pragmatismo, o interaccionismo simbólico, impone una relativización de los modelos utilitaristas y funcionalistas. Únicamente una relativización, pues no se discute la utilidad pragmática y el valor explicativo que estos modelos tienen en ciertos casos; lo que se niega es la validez sociológica general del modelo. La única teoría que podrá evitar caer en el funcionalismo es aquella cuya teoría del orden social tome como punto de partida la acción colectiva y desarrolle una tipología comprensiva de sus formas, desde el ritual totémico hasta el autogobierno democrático exitoso y el discurso ideal. Por consiguiente, el análisis sociológico se centra en las formas de procesamiento colectivo de los resultados intencionales y no intencionales de las acciones, en la constitución colectiva de reglamentos normativos y de procedimientos colectivos para tratar conflictos normativos. También en este aspecto la tradición del interaccionismo simbólico puede ofrecer un importante material en las

³⁵ Bernstein (1971) sigue siendo el mejor estudio de las diferentes tradiciones filosóficas que han elaborado el concepto de acción.

³⁶ Refiriéndose a los paralelismos entre James y Nietzsche, Richard Rorty ha afirmado lo siguiente: «James y Nietzsche criticaron de forma paralela el pensamiento del siglo XIX. La versión de James es preferible, pues evita los elementos “metafísicos” de Nietzsche que critica Heidegger, y los elementos “metafísicos” de Heidegger que critica Derrida. Desde mi punto de vista, James y Dewey no solo aguardaban al final del camino dialéctico que recorría la filosofía analítica, sino que también aguardan al final del camino que recorren ahora, por ejemplo, Foucault y Deleuze» (Rorty: 1982, p. XVIII).

categorías de la conducta colectiva y el movimiento social, de la determinación de las estructuras mediante la negociación, y de la democracia como tipo de orden social. Sin embargo, frecuentemente se han elaborado estas cuestiones en forma de «empirismo cualitativo» en la investigación de objetos de escasa relevancia macrosociológica. La riqueza analítica del interaccionismo simbólico, por tanto, no ha sido todavía utilizada para efectuar un diagnóstico político de la época actual, un diagnóstico que tome en consideración el desarrollo y contexto históricos de la época. Esto debe cambiar si la tradición del interaccionismo simbólico desea volver a desempeñar el papel que tuvo en sus comienzos la filosofía social del pragmatismo con relación a su propio presente.

BIBLIOGRAFIA

- Alexander, J., 1982: *Positivism, Presuppositions, and Current Controversies*, vol. 1 de *Theoretical Logic in Sociology*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- Anderson, N., 1923: *The Hobo*. Chicago: University of Chicago Press.
- Becker, H., 1963: *Outsiders: Studies in the Sociology of Deviance*. Londres: Macmillan. (Trad. al español: *Los extraños*, Buenos Aires Ediciones: 1983).
- Becker, H. et al., 1961: *Boys in White*. Chicago: University of Chicago Press.
- Berlin, I., 1980: *Against the Current*. Londres: Hogarth Press.
- Bernstein, R., 1971: *Praxis and Action*. Philadelphia: Duckworth. (Trad. al español: *Praxis y acción*, Alianza Editorial: 1979).
- Blumer, H., 1928: «The Method of Social Psychology», disertación doctoral, University of Chicago.
- 1938: «Social Psychology», en E.P. Schmidt (ed.), *Man and Society*, Nueva York, pp. 144-98.
- 1939: 'An Appraisal of Thomas and Znaniecki's «The Polish Peasant in Europe and America»', *Critiques of Research in the Social Sciences*. I. Nueva York: Transaction.
- 1969: *Symbolic Interactionism: Perspective and Method*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall. (Trad. al español: *Interaccionismo simbólico*, Hora: 1982).
- 1983: «Going Astray with a Logical Scheme», *Studies in Symbolic Interaction*, 6: 123-38.
- Bodenhafner, W., 1920-1: 'The Comparative Role of the Group Concept in Ward's «Dynamic Sociology» and Contemporary American Sociology', *American Journal of Sociology*, 26: 273-314, 425-74, 583-600, 716-43.

- Bogue, D.J., (ed.), 1974: *The Basic Writings of Ernest W. Burgess*. Chicago: University of Chicago Press.
- Bressler, M., 1952: 'Selected Family Patterns in W.I. Thomas' Unfinished Study of the «Bintl Brief»', *American Sociological Review*, 17: 563-71.
- Bucher, R. y Stelling, J., 1969: «Characteristics of Professional Organizations», *Journal of Health and Social Behavior*, 10: 3-15.
- Bulmer, M., 1984: *The Chicago School of Sociology: Institutionalization, Diversity, and the Rise of Sociology*. Chicago: University of Chicago Press.
- Cahnman, W.J., 1978: «Robert E. Park at Fisk», *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 14: 328-36.
- Carey, J.T., 1975: *Sociology and Public Affairs: The Chicago School*. Londres.
- Castoriadis, C., 1987: *The Imaginary Institution of Society*, Cambridge, Ing.: Polity Press.
- Coser, L., 1977: *Masters of Sociological Thought*. Nueva York: Harcourt, Brace, Jovanovich.
- Deegan, M.J., y Burger, J.S., 1981: «W.I. Thomas and Social Reform: His Work and Writings», *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 17: 114-25.
- Denzin, M.J., 1977a: *Childhood Socialization: Studies in the Development of Language, Social Behavior, and Identity*. San Francisco: Jossey-Bass.
- 1977b: «Notes on the Criminogenic Hypothesis: A Case Study of the American Liquor Industry», *American Sociological Review*, 42: 905-20.
- Dewey, J., 1927: *The Public and its Problems*. Nueva York: Henry Holt.
- 1931: «The Development of American Pragmatism», en *John Dewey, Philosophy and Civilization*. Nueva York: Minton, Balch, pp. 13-35.
- 1934: *Arts as Experience*. Nueva York: Minton, Balch.
- 1972: «The Reflex Arc Concept in Psychology», en *The Early Works*, vol. 5 Carbondale, Ill: pp. 96-109. Primera edición en 1896.
- Diner, S.J., 1975: «Department and Discipline: The Department of Sociology at the University of Chicago 1892-1920», *Minerva*, 13: 514-53.
- Durkheim, E., 1955: *Pragmatism et Sociologie*. Paris: Alcan.
- Farberman, H., 1975: «A Criminogenic Market Structure: The Automobile Industry», *Sociological Quarterly*, 16: 438-57.
- 1979: «The Chicago School: Continuities in Urban Sociology», *Studies in Symbolic Interaction*, 2: 3-20.
- Faris, E., 1937: *The Nature of Human Nature*. Chicago: University of Chicago Press.
- Faris, R.E.L., 1967: *Chicago Sociology 1920-32*. Chicago: University of Chicago Press.
- Faught, J., 1980: «Presuppositions of the Chicago School in the Work of Everett Hughes», *The American Sociologist*, 15: 72-82.
- Fine, G.A., 1984: «Negotiated Orders and Organization Cultures», *Annual Review of Sociology*, 10: 239-62.
- Fine, G.A. y Kleinman, S., 1983: «Network and Meaning: An Interactionist Approach to Structure», *Studies in Symbolic Interaction*, 6: 97-110.
- Fisher, B. y Strauss, A., 1978: «Interactionism», en T. Bottomore y R. Nisbet (eds.), *A History of Sociological Analysis*. Nueva York: Oxford University Press.

- Freidson, E., 1970: *Profession of Medicine: A Study of the Sociology of Applied Knowledge*. Nueva York.
- 1975-6: «The Division of Labor as Social Interaction», *Social Problems*, 23: 304-13.
- Giddens, A., 1984: *The Constitution of Society*. Cambridge, Ing.: Polity Press.
- Glaser, B. y Strauss, A., 1967: *The Discovery of Grounded Theory: Strategies for Qualitative Research*. Nueva York: Sociology Press.
- Habermas, J., 1981: *Theorie des kommunikativen Handelns*, 2 vols. Frankfurt am Main. (Trad. al español: *Teoría de la acción comunicativa*, Taurus: 1987). Hall, P.M., 1972: «A Symbolic Interactionist Analysis of Politics», *Sociological Inquiry*, 42: 35-75. Hinkle, R.C., 1963: «Antecedents of the Action Orientation in American Sociology before 1935», *American Sociological Review*, 28: 705-15.
- 1980: *Founding theory of american Sociology 1881-1915*. Boston: Methuen.
- Honneth, A. y Joas, H., 1980: *Soziales Handeln und menschliche Natur: Anthropologische Grundlagen der Sozialwissenschaften*. Frankfurt am Main.
- Hughes, E., 1971: *The Sociological Eye: Selected Papers of Everett Hughes*. Chicago: University of Chicago Press.
- Jandy, E.C., 1942: *Charles H. Cooley: His Life and his Social Theory*. Nueva York: Hippocrene Books.
- Janowitz, M. (ed.), 1966: *W.I. Thomas On Social Organization and Social Personality*. Chicago: University of Chicago Press.
- 1975-6: «Sociological Theory and Social Control», *American Journal of Sociology*, 81: 82-108.
- Joas, H., 1983: «The Inter subjective Constitution of the Body Image», *Human Studies*, 6: 197-204.
- 1985a: *G.H. Mead: A Contemporary Re-examination of his Thought*. Cambridge, Ing.: Polity Press.
- 1985b: «Durkheim und der Pragmatismus: Bewusstseinspsychologie und die soziale Konstitution der Kategorien», *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, 37: 411-30.
- 1986: «Die unglückliche Ehe von Hermeneutik und Funktionalismus», en A. Honneth y H. Joas (eds.), *Kommunikatives Handeln*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- En preparación: «Giddens' theory of structuration», *International Sociology*, 2.
- Johnson, G., y Picou, J.S., 1985: «The Foundations of Symbolic Interactionism Reconsidered», en H.J. Helle y S.N. Eisenstadt (eds.), *Microsociological Theory: Perspectives on Sociological Theory*, vol. 2. Londres, pp. 54-70.
- Kuklisch, H., 1973: 'A «Scientific Revolution»: Sociological Theory in the United States: 1930-45', *Sociological Inquiry*, 43: 3-22. Kurtz, L.R., 1984: *Evaluating Chicago Sociology*. Chicago: University of Chicago Press.
- Lauer, R. y Handel, W., 1977: *Social Psychology: The Theory and Application of Symbolic Interactionism*. Boston: P.-H.
- Lengermann, P., 1979: «The Founding of the American Sociological Review:

- The Anatomy of a Rebellion», *American Sociological Review*, 44: 185-98.
- Levine, D.N. et al., 1975-6: «Simmel's Influence on American Sociology», *American Journal of Sociology*, 81: 813-45, 1112-32.
- Lewis, J.D. y Smith, R.L., 1980: *American Sociology and Pragmatism: Mead, Chicago Sociology, and Symbolic Interaction*. Chicago: University of Chicago Press.
- Madge, J., 1962: *The Origins of Scientific Sociology*. Nueva York: Free Press.
- Maines, D., 1977: «Social Organization and Social Structure in Symbolic Interactionist Thought», *Annual Review of Sociology*, 3: 235-59.
- Maines, D. y Charlton, J., 1985: «The Negotiated Order Approach to the Analysis of the Social Organization», *Studies in Symbolic Interaction*, suplemento 1, *Foundations of Interpretative Sociology*, edición de H. Farberman y R. Perinbanayagam, pp. 271-308.
- Matthews, F.H., 1977: *Quest for an American Sociology: Robert E. Park and the Chicago School*. Montreal: McGill-Queens University Press.
- McPhail, C. y Rexroat, C., 1979: «Meads vs. Blumer: The Divergent Methodological perspectives of Social Behaviorism and Symbolic Interactionism», *American Sociological Review*, 44: 449-67.
- Mead, G.H., 1903: «The Definition of the Psychical», *Decennial Publications of the University of Chicago*, First Series, vol. 3. Chicago: University of Chicago Press, pp. 77-112.
- 1930: «Cooley's Contribution to American Social Thought», *American Journal of Sociology*, 35: 693-706.
- 1934: *Mind, Self, and Society*, edited by Charles W. Morris. Chicago: University of Chicago Press. (Trad. al español: *Espíritu, cultura y sociedad*, Paidós: 1982).
- Miller, D.L., 1982: Review, *Journal of the History of Sociology*, 4: 108-14.
- Park, R.E., 1936: «Human Ecology», *American Journal of Sociology*, 42: 1-15.
- 1950-55: *Collected Papers*, 3 vols. Glencoe, Ill.: Free Press.
- 1972: *The Crowd and the Public*. Chicago; University of Chicago Press. Primera edición en 1904, con el título *Masse und Publikum: Eine methodologische und soziologische Untersuchung*. Berna.
- Park, R.E., y Burgess, E.W., 1921: *Introduction to the Science of Sociology*. Chicago: University of Chicago Press.
- Park, R.E., y Miller, H.A., 1921: *Old World Traits Transplanted*. Nueva York.
- Parsons, T., 1968a: *The Structure of Social Action*, 2 vols. Nueva York: Free Press. Primera edición en 1937.
- 1968b: «Cooley and the Problem of Internalization», en Albert J. Reiss (ed.), *Cooley and Sociological Analysis*. Ann Arbor, pp. 48-67.
- Peirce, C.S., 1934: «Some Consequences of Four Incapacities», en *Collected Papers*, edición de C. Hartshorne y P. Weiss, vol. 5. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Perinbanayagam, R.S., 1985: *Signifying Acts: Structure and Meaning in Everyday Life*. Carbondale, Ill.: S. Illinois University Press.
- Rochberg-Halton, E., 1982: «Situation, Structure and the Context of Meaning», *Sociological Quarterly*, 23: 455-76.

- 1983: «The Real Nature of Pragmatism and Chicago Sociology», *Studies in Symbolic Interaction*, 6: 139-54.
- Rock, P., 1979: *The Making of Symbolic Interactionism*. Londres: Rowman.
- Rorty, R., 1982: *Consequences of Pragmatism: Essays 1972-1890*. Minneapolis: University of Minneapolis Press.
- Rucker, D., 1969: *The Chicago Pragmatists*. Minneapolis: University of Minneapolis Press.
- Shaw, C., 1930: *A Delinquent Boy's Own Story*. Chicago: University of Chicago Press.
- Shibutani, T., 1961: *Society and Personality: An Interactionist Approach to Social Psychology*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Shils, E., 1970: «Tradition, Ecology, and Institution in the History of Sociology», *Daedalus*, 99: 760-825.
- Simpson, T.H., 1972: «Continuities in the Sociology of Everett Hughes», *Sociological Quarterly*, 13: 547-59.
- Stone, G. y Farberman, H., 1967: «On the Edge of Rapprochement: Was Durkheim Moving towards the Perspective of Symbolic Interaction?», *Sociological Quarterly*, 8: 149-64.
- 1970 (eds.): *Social Psychology through Symbolic Interaction*. Waltham, Mass.
- Strauss, A., 1959: *Mirrors and Masks: The Search for Identity*. Glencoe, Ill.: Sociology Press.
- 1979: *Negotiations*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Strauss, A. et al., 1963: «The Hospital and its Negotiated Order», en E. Freidson (ed.) *The Hospital in Modern Society*. Nueva York, pp. 147-69.
- Stryker, S., 1980: *Symbolic Interactionism: A Social Structural Vision*. Menlo Park: Benjamin Cummings.
- Sutherland, D.E., 1978: «Who now Reads European Sociology? Reflections on the Relationship between European and American Sociology», *Journal of the History of Sociology*, 1: 35-66.
- Taylor, C., 1975: *Hegel*. Cambridge, Ing.: University of Chicago Press.
- Tenbruck, F.H., 1985: «G. H. Mead und die Ursprünge der Soziologie in Deutschland und Amerika: Ein Kapitel über die Gültigkeit und Vergleichbarkeit soziologischer Theorien», en H. Joas (ed.), *Das Problem der Intersubjektivität: Neuere Beiträge zum Werk G.H. Mead*. Frankfurt am Main, pp. 179-243.
- Thomas, W.I. (ed.), 1907: *Source Book for Social Origins*. Boston.
- 1923: *The Unadjusted Girl*. Boston.
- Thomas, W.I. y Znaniecki, F., 1926: *The Polish Peasant in Europe and America*, 2 vols. Nueva York: University of Illinois Press.
- Thrasher, F., 1927: *The Gang*. Chicago: University of Chicago Press.
- Turner, R., 1967: «Introduction», en R. Park, *On Social Control and Collective Behavior*. Chicago: University of Chicago Press. pp. ix-xlvi.
- 1970: *Family Interaction*. Nueva York.
- Vidich, A.J. y Lyman, S.M., 1985: *American Sociology: Worldly Rejections of Religion and their Directions*. New Haven, Conn.: Yale University Press.
- White, M., 1957: *Social Thought in America: The Revolt Against Formalism*. Boston: Oxford.

- Wiebe, R.H., 1967: *The Search for Order 1877-1920*. Nueva York: Greenwood.
- Wilson, R., 1968: *In Quest of Community: Social Philosophy in the United States 1860-1920*. Nueva York: Knopf.
- Wilson, T.P., 1970: «Concepts of Interaction and Forms of Sociological Explanation», *American Sociological Review*, 35: 697-710.
- Wirth, L., 1938: «Urbanism as a Way of Life», *American Journal of Sociology*, 44: 1-24.
- 1964: *On Cities and Social Life: Selected Papers of Louis Wirth*. Chicago: University of Chicago Press.
- 1969: *The Ghetto*. Chicago: University of Chicago Press. Primera edición en 1928.
- Zaretsky, E., 1984: «Introduction», en W.I. Thomas and F. Znaniecki, *The Polish Peasant in Europe and America*, edición abreviada, Urbana Ill.: University of Illinois Press. pp. 1-53.